Jean-Claude Margueron

Los mesopotámicos

SEGUNDA EDICIÓN

CÁTEDRA
HISTORIA/SERIE MENOR

Introducción

¿Mesopotámicos? ¡No existen!, dirán algunos y no sin excelentes razones. Sumerios, acadios, asirios, hurritas, sirios... sí, pero en el país del Tigris y del Éufrates nunca nadie se identificó como mesopotámico.

En realidad, mientras que el término Mesopotamia para designar la cuenca hidrográfica formada por los dos ríos está consagrado por el uso y el de civilización mesopotámica no molesta a nadie, no es habitual designar a sus habitantes con el vocablo elegido como título de este libro. Por encima de los imperativos editoriales de esta colección —y el título, desde luego, es uno de ellos— existe también, y quizás sobre todo, una óptica particular y una ambición que quisiera impregnar el conjunto de esta obra con una idea simple, dirigir su economía e indicar su color desde el título.

La óptica es la de un arqueólogo de campo al que una experiencia de treinta años le ha llevado naturalmente a comprender la civilización estudiada en los tells a base de los restos materiales encontrados y definidos en su especificidad de origen. La ambición es la de utilizar esta experiencia de la excavación para presentar el marco de una civilización para la que hasta una fecha reciente se preferían, instintivamente, los conocimientos inducidos por los textos.

Entiéndase que en esta última proposición no existe por mi parte ningún ánimo de polémica: arqueólogos y epigrafistas concurren ambos, por diferentes caminos pero con el final común, a encontrar el pasado de Mesopotamia y las experiencias recientes prueban que cuando ambas disciplinas caminan concertadamente, en equipos estrechamente fundidos, los progresos son espectaculares. Sin embargo, cada especialista debe conservar la originalidad de su visión y debe poder presentar su propia sensibilidad respecto a la civilización del País de los Dos Ríos.

Igualmente, es de forma deliberada el que yo pretenda bosquejar aquí un cuadro de la civilización mesopotámica partiendo, tan sistemáticamente como sea posible, de los restos que nos proporcionan los tells. Pero no debe tomarse como signo de materialismo por mi parte. Yo no reduzco, en absoluto, el oriente antiguo a sus componentes físicos, o a los vestigios que han sobrevivido, normalmente de forma fortuita, a la aniquilación que engulle individuos y colectividades. Detrás de la materia está el espíritu: la suerte de la civilización mesopotámica estriba en haber utilizado para la transmisión de su pensamiento un soporte, la arcilla, que ha permitido su conservación. Nos es, pues, posible ir más allá del aspecto material de las cosas y no necesitaré reconocer en cada ocasión que esto facilitará la comprensión.

Así, en principio, la intención es la de poner en evidencia las condiciones materiales de la vida de los mesopotámicos y de su actividad. Una de las consecuencias de esta elección será que se minimizarán los problemas ligados a las características étnicas, desde el momento en que éstas no son totalmente perceptibles en los hechos aportados por la excavación, mientras que es sobre esta diversidad étnica donde se ha puesto el acento la mayor parte de las veces, incluso involuntariamente, desde principios de siglo: un vistazo sobre las publicaciones más significativas indica que la investigación, entre otras cosas, se ha aplicado a definir lo que era propio de los sumerios, babilonios, acadios, asirios, hurritas... En orientalismo, es éste un objetivo antiguo, fundamental y siempre de actualidad.

Pero me parece, por el contrario, que las formas de vida, a pesar de sus variantes, unirían más que separarían a los diferentes grupos humanos que han coexistido, se han sucedido y se han mezclado en este Próximo Oriente de múltiples facetas raciales. En estas condiciones, y sin desconocer la realidad de estas diferencias, yo insistiré más en lo que une a los pueblos y a las regiones que en lo que los separa.

Además, al intentar caracterizar a los habitantes del País de los Dos Ríos como mesopotámicos, quiero también poner el acento en una particularidad de nuestro acercamiento a esta civilización que proviene, como es natural, de su descubrimiento hacia la mitad del siglo pasado: antes de las primeras excavaciones no se la conocía más que por un texto escrito, la Biblia; seguidamente, la aparición de los primeros palacios asirios, fue acompañada por la de tablillas que pudieron descifrarse con bastante rapidez. Se ha asociado, pues, de forma espontánea, muy estrechamente, texto y arqueología, es decir, escritura y civilización. Desde luego, fueron los textos los que sirvieron para definir los pueblos y los períodos conocidos en las épocas históricas, como Sumer y Akkad, lo que no era escandaloso, en absoluto, ya que eran términos que se habían usado en la antigüedad.

Pero no es sino a partir del tercer milenio, o sea, con la aparición de los primeros documentos escritos cuando esta práctica se hace realmente legítima: no lo es para los tres o cuatro milenios precedentes de los que se ignora su lengua. Se ha llegado, así, a marcar como con una cesura este momento privilegiado de la aparición de la escritura y a considerar que la civilización mesopotámica nacía realmente en ese momento, lanzando a las tinieblas todo lo anterior y que, no obstante, formaba buena parte de la misma civilización material. Me ha parecido más justo, históricamente, usando el término de mesopotámicos, marcar la continuidad y la unidad profunda de una civilización que se forja en el Neolítico para morir a finales del primer milenio.

Tal vez sea éste un aspecto esencial de la elección realizada. Porque Mesopotamia es un ejemplo, si no excepcional en cualquier caso elocuente, de un país que ha conocido una civilización cuyos componentes generales forman un todo coherente a través de la duración de su existencia: esto no significa que haya habido un sistema cerrado como en Egipto, sino que las transformaciones progresivas están contenidas en germen en la situación de partida y en los desarrollos que ella engendra. Intentaré, en las páginas que siguen, precisar esta toma de posición que a algunos puede parecer excesiva.

Queda todavía insistir en un carácter propio de esta civilización mesopotámica, que es su larga duración. Las investigaciones históricas recientes inciden poco en la duración de las civilizaciones: la indispensable especialización del historiador conduce, como en todo ámbito de investigación, a una parcelación del saber; se pone gustosamente el acento en las cortas oscilaciones de la historia y en aspectos particulares. Pero, como hemos visto, la antigua Mesopotamia no es solamente los tres milenios marcados por el uso de la escritura, descubrimiento ciertamente fundamental pero que no le es específico: es también la larga lucha que acompaña a la puesta a punto de un país particularmente inhóspito en principio; los hombre que lo han levantado se han enfrentado a problemas de supervivencia hasta entonces desconocidos y ellos han encontrado las respuestas originales que definirían Mesopotamia hasta el final del primer milenio. ¿Es excesivo pensar que ella ha sido también un laboratorio en el que se han elaborado las características fundamentales de las civilizaciones de la antigüedad, e incluso los fundamentos técnicos de todas aquellas que han existido hasta la revolución industrial y tecnológica que se inicia en el siglo XVIII? Pero no es éste nuestro propósito. Para nosotros, uno de los intereses excepcionales de Mesopotamia es el de ofrecer un campo de estudio para la génesis, maduración y envejecimiento de una civilización y, por tanto, permitirnos una reflexión sobre el fenómeno cultural que recubre este término, a veces ambiguo.

Aunque pretenda definir el conjunto de la civilización mesopotá-

mica mediante sus componentes unitarios no he de olvidar, en absoluto, sus fermentos de diversidad: tan cierto es que el marco impone algunas constantes como que el hombre crea un remodelado casi permanente. No se incurre en menosprecio del tiempo, es decir, de la historia, incluso aunque el deseo sea el de insistir sobre una lógica del desarrollo más que sobre la incidencia de fenómenos históricos aparentemente más accidentales. Cuando las primeras aldeas se instalaron en el valle no era seguro que evolucionaran en la forma que lo hicieron, pero esta evolución de las formas materiales estaba, no obstante, contenida en las potencialidades de origen. Ello implica, pues, una lógica del desarrollo, es eso lo que quisiera poner en evidencia.

Se podrá criticar mi elección, pero al hacerlo, habrá que recordar con Plotino que las formas son los reflejos de las ideas: no hay, me parece, mejor justificación para un enfoque arqueológico de una civilización.

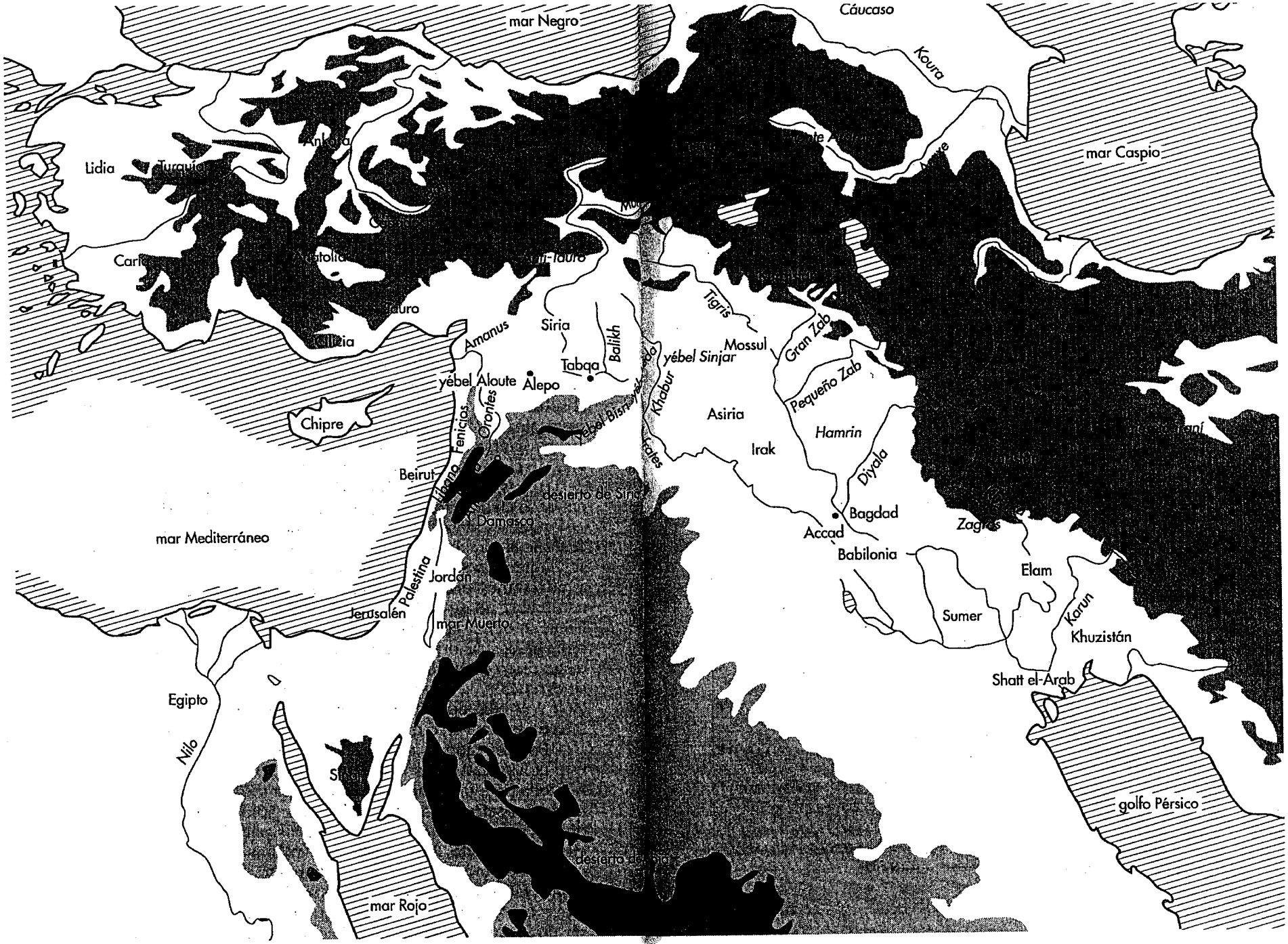
El medio físico y el histórico

El espacio

Comenzar por la descripción del espacio geográfico y el análisis de sus componentes no es sacrificarse a una moda, es una necesidad absoluta si se quiere comprender su desarrollo y lo que ha informado su originalidad. No hay en este punto de partida ningún determinismo geográfico primario y simplificador, sí, sólo, el deseo de definir una de las bazas que predispusieron a este país para su prestigioso destino, así como las debilidades que explican quizás, el marasmo final de la civilización mesopotámica y, sin duda, su desaparición.

¿Qué es Mesopotamia; qué ha hecho de ella una entidad geográfica? ¿Se la tomaba por tal en el transcurso de su existencia? De hecho, sus límites no son fáciles de determinar con precisión. El país no ha tenido nunca unos límites claramente definidos en la antigüedad: la naturaleza no se los ha proporcionado explícitos y el concepto de frontera, demasiado moderno, no es válido. En realidad, es la cuenca hidrográfica la que ha aparecido en todo tiempo constituyendo el rasgo físico esencial; la que ha permitido explicar la génesis del país y su evolución; la que ha proporcionado el verdadero factor de unificación y es ella, por último, la que ha permitido la instalación de hombres en un universo que sin la cual sólo sería un desierto.

En esta cuenca, dos ríos y sus afluentes: al oeste el Éufrates y al este el Tigris. Ambos descienden del corazón de las montañas de la Anatolia oriental donde nacen a escasa distancia uno de otro, pero tomando al salir direcciones diferentes; sólo después de largos recorridos independientes reúnen sus aguas para formar, antes de introducirse en el golfo Pérsico, el delta pantanoso del Chatt-el-Arab. Ríos con cursos independientes, ciertamente, pero unidos por las condiciones climáticas de su lugar de nacimiento: la considerable capa de nieve que cubre en invierno las montañas de Anatolia les va a asegurar un aprovisionamiento, suficiente como para permitirles franquear


mar Negro
Cáucaso
Koura
mar Caspio
Lidia
Turquía
Ankara
Carlo
Anatolia
Tauro
Cilicia
Anti-Tauro
Siria
Amanus
Balikh
Tabqa
yébel Aloute
Alepo
Orontes
Fenicios
Chipre
Beirut
Líbano
desierto de Siria
Damasco
mar Mediterráneo
Palestina
Jordán
Jerusalén
mar Muerto
Egipto
Nilo
mar Rojo
Tigris
Mossul
yébel Sinjar
Khabur
Gran Zab
Pequeño Zab
Asiria
Irak
Hamrin
Diyala
Bagdad
Accad
Babilonia
Zagros
Elam
Sumer
Karun
Khuzistán
Shatt el-Arab
golfo Pérsico

EL TIGRIS

... o Didjila en árabe, derivación de Tiglat, o la Flecha, en la antigüedad. Nacido en el Sureste de Turquía es un torrente montañés cuando entra en Djeziré con un curso salpicado de gargantas y rápidos; a su llegada a la llanura aluvial en Samarra, se ha apaciguado. Es acrecido entonces por el Gran y el Pequeño Zab (392 y 400 km), por el Adhaim (230 km), por el Diyala (386 km), que desempeña un importante papel en determinadas épocas históricas, todos ellos afluyendo por la orilla izquierda provenientes de los Zagros. A partir de Kut comienza a discurrir con dificultad entres los aluviones y llega a una zona pantanosa, donde acaba por reunirse con el Éufrates después de haber recibido al Kherka, que proviene del Khuzistán. Es más caudaloso que el Éufrates, pero también más brutal, con crecidas más devastadoras. No ha tenido en la historia del Próximo Oriente antiguo un papel tan importante como el del Éufrates.

EL ÉUFRATES

... o El Furat en árabe, palabra derivada del asirio Purati, es un río de más de 2800 km de longitud, que nace en Turquía; está formado a su salida por la reunión del Kara-su, de 450 km de longitud, al que comúnmente se acepta como el Éufrates verdadero y del Murad-su, de 650 km de largo. Después de un curso montañoso, sale de Turquía y hace creer que va a dirigirse hacia el Mediterráneo, pero a unos 160 km de su costa, un ligero accidente del terreno le hace girar su curso hacia el sureste y se dirige ya definitivamente hacia el golfo Pérsico. Su recorrido por Siria, alrededor de 650 km, donde excava un valle sobre la meseta, es el inicio de su curso en la zona esteparia y más tarde desértica. A pesar de la aportación de aguas del Balikh, y después las del Khabur, pierde cerca de 200 m^3/sg de los 900 m^3/sg que llevaba a su entrada en Siria. En Hit, en Irak, entra en la llanura aluvial donde discurre cada vez peor entre los aluviones. A partir de ahí, su curso ha conocido durante los últimos milenios numerosos cambios. Después de aproximarse al Tigris se aleja de él, se divide en dos brazos, el Hilla, el antiguo lecho mayor hasta el siglo XIX, y el Hindiya; entra seguidamente en un terreno muy pantanoso donde sus aguas se mezclan con las del Tigris para formar el Chatt-el-Arab. Es su gran caudal el que le permite franquear la zona desértica, pero es también un río muy irregular que mueve más de la mitad de su volumen en tres meses, de abril a junio, cuando se funden las nieves en Turquía.

los centenares de kilómetros de estepas o de desiertos que se extienden entre los contrafuertes del Tauro y el mar.

El entorno parece muy simple de definir: la cuenca se inicia en el norte, en el macizo del Tauro que se continúa hacia el este por las cadenas montañosas del Kurdistán, de los Zagros y del Luristán. Esta larga y potente ondulación individualiza a la cuenca mesopotámica en relación a sus vecinos anatolios e iranios. Hacia el oeste, es un accidente climático, agravado por la barrera montañosa que bordea al Mediterráneo, el que marca el límite: las estepas sirias, que se extienden al norte y que atraviesan el Éufrates, se transforman hacia el sur en un desierto más y más vasto y más y más árido hasta la península arábiga. Así, montañas al norte y al este, estepas y desiertos al oeste y suroeste forman los límites naturales de una cuenca cuya salida es el golfo Pérsico.

Más allá de estos bordes se extienden otras regiones que han mantenido estrechas relaciones con el mundo mesopotámico. Al oeste, la costa mediterránea está bordeada por las cadenas montañosas del Amanus, de los Alauitas, del Líbano, del Anti-Líbano y por los montes de Galilea, conjunto de alturas que van a retener una parte de las influencias climáticas mediterráneas; detrás de esta barrera comienzan rápidamente la estepa y el desierto, que algunos oasis salpican cuando se han podido instalar algunos cursos de agua: valle del Jordán, Gotta de Damasco o valle del Orontes. Hacia el norte/noroeste y gracias a la penetración del Éufrates, se pueden establecer relaciones con las llanuras de la Anatolia inferior. Hacia el este, más allá de las cadenas de los Zagros y del Luristán, se alzan las mesetas del Irán, especie de plataforma más o menos desértica, alrededor de la cual se articulan las estepas y después las altas cadenas del Asia central, prolongadas hacia el sur por el subcontinente indio con el valle del Indo.

Todas estas regiones no están aisladas las unas de las otras: las montañas están cortadas por los ríos, el Éufrates y el Tigris hacia el norte como se ha visto, pero también sus principales afluentes, en general todos de la orilla izquierda, Balikh y Khabur, para el primero, Gran Zab, Pequeño Zab, Diyala y Kherka, para el segundo. En cuanto al desierto, se pueden encontrar vías en las que los puntos de agua son suficientes para permitir el paso de las caravanas.

En suma, una región marcada por la diversidad: cuenca hidrográfica, mesetas, país de colinas, montañas y desiertos se articulan allí y dan nacimiento a las principales entidades regionales.

En este ensayo, es a la cuenca hidrográfica engendrada por el Tigris y el Éufrates, una vez que han salido de las montañas, a la que se aplicará el término "Mesopotamia". Pero hay que reconocer que es una definición en sentido amplio, que no es la de los geógrafos, ni incluso la de todos los historiadores; presenta, no obstante, la ventaja de corresponderse con una unidad geográfica que acoge los fenómenos culturales homogéneos y de mayor interés para el objeto de este estudio.

Por lo demás, la palabra Mesopotamia no se ha aplicado siempre a la misma región. Usada por primera vez por los griegos, designaba entonces, conforme a su sentido etimológico "el país entre ríos", es decir, la región que se extiende entre el Éufrates y el Tigris, pero sólo la parte septentrional de la cuenca. Ha sido un uso más reciente lo que ha llevado a incluir la región babilónica y el país sumerio y, hasta incluso, otras regiones limítrofes en esta expresión topográfica.

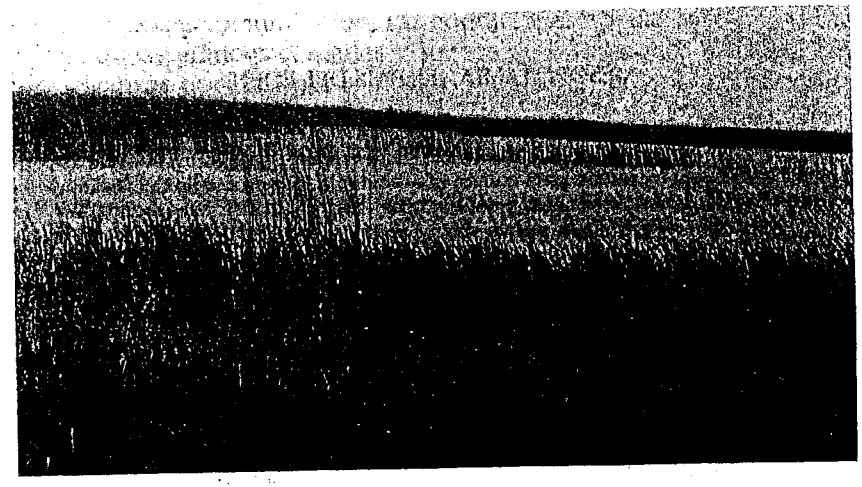
Esta modificación semántica (la designación del todo por una de sus partes) ha llevado a enmascarar un aspecto esencial de la realidad geográfica, la división regional que los especialistas, con razón, ponen por delante:

— en el norte, el Djeziré, zona de mesetas que los ríos cortan, a veces profundamente, dando lugar a valles bien encajados; estas mesetas acaban engarzándose con los contrafuertes de las cadenas septentrionales.

— en el sur, la llanura aluvial, seguida por la llanura del delta y después por una zona muy pantanosa; es a esta región a la que los geógrafos modernos dan más frecuentemente el nombre de Mesopotamia, a diferencia de los griegos de la antigüedad; es una llanura de acumulación de sedimentos provenientes de las montañas de Anatolia o de los Zagros; es también la llanura de inundación de ambos ríos.

Esta visión regional aparece bajo múltiples facetas y puede conllevar consecuencias humanas muy opuestas e incluso contradictorias. En el Djeziré, desde que se alejan los contrafuertes, las instalaciones humanas se concentran a lo largo de ríos y riveras que aparecen en las regiones desérticas como verdaderos oasis lineales: además, la profundización de los ríos en las mesetas desde el fin del terciario entraña una permanencia del trazado de los cursos fluviales, lo que proporciona un sentimiento de inmutabilidad de la organización del conjunto.

Por consiguiente, cuanto más hacia el sur se va, más se difumina la idea de permanencia para dar lugar a la impresión de una modifi-



Pantano en el país sumerio.

cación continua. Ya desde la entrada en la llanura aluvial, los dos ríos se desembarazan de una parte cada vez mayor de su carga; tienden a elevar sus aluviones y finalmente a dominar en algunos metros la llanura colindante. Éstos son los diques levantados durante siglos, incluso milenios, y sobre los que se han instalado las aglomeraciones, hasta que una crecida, más grande que las precedentes, lleva el río fuera de su curso y le obliga a abrirse una nueva vía cuando las aguas se retiran. Periódicamente se crean, pues, nuevos trazados y se entiende que en estas condiciones el emplazamiento de los ríos haya conocido grandes variaciones en el transcurso de la historia, que las ciudades que los bordeaban hayan quedado marcadas por el sello de una gran precariedad, y que esta continua inseguridad se haya traducido entre los habitantes por un pesimismo profundamente anclado en su espíritu. Los estudios en curso, efectuados por arqueólogos y geógrafos de la Universidad de Gante, permiten situar los antiguos diques y las ciudades que se escalonaban en la antigüedad a lo largo de su trazado.

Así, es a una zona de 200 km de este a oeste y de 600 km de norte a sur, a la que se extiende esta llanura aluvial, con ciudades numerosas pero errantes, lo que ha valido a Babilonia el sobrenombre de corredor de capitales.

Cuanto más se avanza hacia el sur más crece este sentimiento de incertidumbre: en la zona de los pantanos el agua se mezcla con la tierra en una inextricable red de vías fluviales, donde la barca es el

MESOPOTAMIA, ¿EL PAÍS DEL EDÉN?

"El Señor Dios plantó un jardín en Edén, al oriente, y allí colocó al hombre que había formado. El Señor Dios hizo germinar del suelo todo árbol de aspecto atrayente y bueno para comer, el árbol de la vida en medio del jardín, y el árbol de la ciencia del bien y del mal. Un río salía de Edén para regar el jardín; de ahí se partía para formar cuatro brazos. Uno de ellos se llamaba Pisón... El segundo río se llamaba Guijón... El tercero se llamaba Tigris; corre al oriente de Asiria. El cuarto río era el Éufrates. El Señor tomó al hombre y lo estableció en el jardín del Edén para que cultivara el suelo y lo guardara."

Así, aunque se sitúen mal actualmente dos de los cuatro brazos del río paradisíaco, la tradición hebrea parece haber colocado el paraíso en Mesopotamia. Y apenas si se puede comprender tal localización. La idea de lujuriosidad, implícitamente asociada a la del jardín del Edén, no parece que pueda traducir la realidad natural mesopotámica; sólo a costa del precio de un enorme trabajo humano se han podido transformar las condiciones originales y la llanura mesopotámica pudo llegar a ser sinónimo de riqueza agrícola. Pero, en acadio, *Edinu*, término cuyas afinidades con Edén están claras, designa a la estepa, con una visión muy negativa, como espacio improductivo, lugar de la vida salvaje y dominio de los nómadas que aparecían con frecuencia como la anticivilización.

No es pues, sin duda, pensando en la propia Mesopotamia por lo que los redactores del Génesis colocaron allí el jardín del Edén. Basándose en otro sentido, en el que edén equivale a delicia o placer, se estima por lo general que ellos tenían en mente la imagen de parques de recreo, costosamente logrados, como contraste con la dureza del entorno.

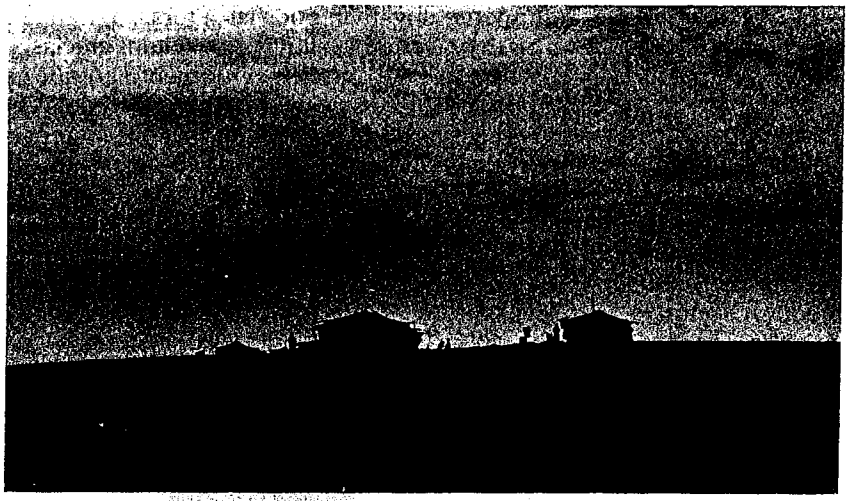
único medio de comunicación. Las condiciones apenas si se prestan a la vida de las grandes ciudades y se sale de las regiones urbanizadas para alcanzar por este país, informe y mutable, el ámbito del golfo Pérsico.

PRINCIPALES DATOS DEL CLIMA

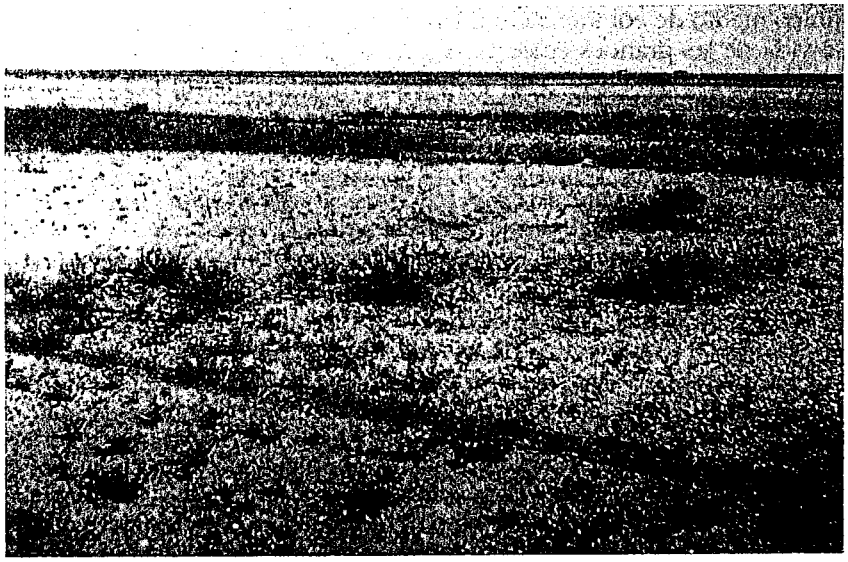
El medio físico, tanto en el interior de la cuenca como en sus bordes, aparece pues, muy diversificado y representa la primera causa de las diferencias regionales. Pero el clima interviene también para marcar con fuerza las regiones de Mesopotamia.

Globalmente, la cuenca hidrográfica del Tigris y del Éufrates pertenece a la gran diagonal árida del hemisferio norte que prolonga el desierto del Sáhara al Próximo Oriente. Sin embargo, la presencia del mar Mediterráneo y, en menor grado, la del golfo Pérsico, introducen importantes modificaciones en el esquema básico; la implantación de las cadenas montañosas conlleva nuevos factores de variación.

La barrera montañosa que bordea el Mediterráneo provoca lluvias importantes en la vertiente marítima y verdadera aridez en el interior. Es por esto por lo que el desierto y la estepa comienzan desde la misma vertiente oriental del Anti-Líbano. Por lo demás, las tierras altas de Arabia, las cadenas montañosas del Tauro y, en menor me-



Tiendas de nómadas en la estepa siria.



Vegetación de la estepa siria.

dida, las de los Zagros, son accidentes del relieve que provocan precipitaciones. Así, son las zonas de los márgenes las que quedan regadas por la lluvia, mucho más que la cuenca propiamente dicha; pero esta situación no es enteramente negativa, pues las alturas, a menudo considerables, de las zonas donde caen las lluvias permiten, gracias al hielo invernal, la conservación de este agua en el momento en que es abundante y su redistribución a lo largo del año como efecto del fundido de las nieves, redistribución que, ciertamente, no queda repartida con regularidad en el conjunto anual. No obstante, gracias a las nieves de las altas montañas y al agua que almacenada en las rocas calizas resurge en las zonas de piedemonte, el Éufrates y el Tigris, engrosados por sus afluentes de la orilla izquierda provenientes de las montañas y de régimen que a menudo es exclusivamente pluvial, pueden franquear el desierto que los separa del golfo Pérsico.

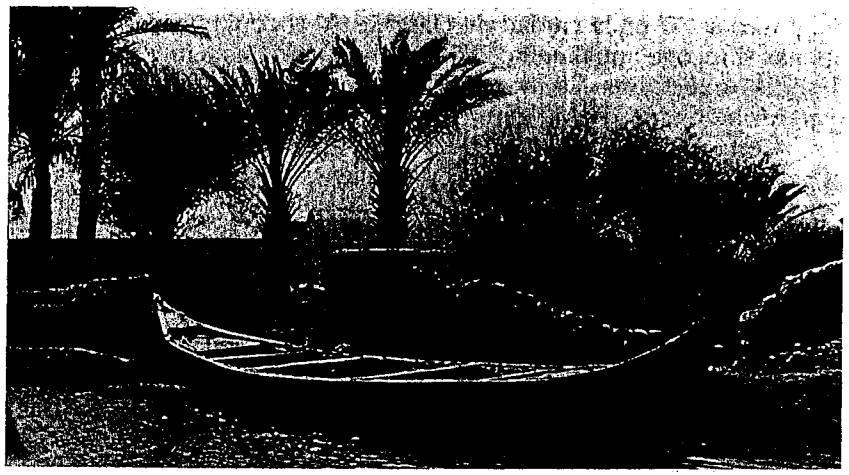
Este dispositivo, que regula a lo largo del año el suministro del agua caída en invierno, posibilita la instalación del hombre en la cuenca, pues desde que uno se aleja del arco montañoso las precipitaciones disminuyen rápidamente hacia el norte y hacia el este. Si llueve alrededor de 900 mm en Beirut, Damasco, a 100 km al este, al estar aislada por la cadena del Líbano, no recibe más que 200 mm; en la llanura del Khabur se pasa, en menos de 40 km, de 450 mm al pie

del Tauro a 277 en la ciudad de Hassaké. Y el conjunto de la cuenca apenas si recoge anualmente 200 mm de lluvia. En cuanto a la región desértica que forma las avanzadas septentrionales del desierto arábigo recibe menos de 100 mm.

A esta extrema debilidad general de las precipitaciones, que de por sí explica la dura realidad del país, hay que añadir, como circunstancia agravante, la concentración exclusiva de las lluvias en el período de invierno y el escaso número de días del año en los cuales la lluvia cae en forma de violentos aguaceros tempestuosos, así como las grandes variaciones que se dan de un año a otro. Buenos y malos años se suceden por ciclos, y una mala serie se traduce con frecuencia por un proceso de desertificación de zonas marginales habitadas y, por tanto, por condiciones de vida extremadamente difíciles, hasta catastróficas, como las recientes y dramáticas experiencias del Sahel nos permiten imaginarnos sin dificultad.

Así, el Próximo Oriente aparecía formado por la reunión de medios diversos y claramente individualizados que han dado lugar, como era de esperar, a géneros de vida diferentes. A la montaña, que forma con un arco de círculo el límite de la cuenca, relativamente bien regada y bordeada por unas estribaciones de colinas, ricas en fuentes y fértiles, dominio predilecto de los agricultores, le sucede una meseta esteparia donde pozos y fuentes son escasos y cuya aridez aumenta progresivamente hacia el sur. Es el dominio predilecto y de peregrinación de los nómadas. Por el lado occidental esta estepa

Paisaje de la llanura del delta.



Palmeras, zarifé, barca: los tres componentes de un paisaje de la Mesopotamia meridional.

se transforma insensiblemente en un verdadero desierto, que se extiende a continuación al conjunto de la península de Arabia; sin embargo, al este, el desierto se desvanece ante los aluviones y la humedad aportados por los dos grandes ríos; allí, la agricultura y la civilización urbana consiguieron imponerse.

Estas características fundamentales del espacio oriental permiten explicar numerosos hechos de la historia, más o menos lejana, y del presente. Pero ¿estamos seguros de que los rasgos morfológicos o climáticos no han conocido transformaciones mayores desde la antigüedad? A este respecto hay que revisar cuatro facetas de este problema:

1.— El relieve, en sus líneas generales, no ha conocido efectivamente grandes modificaciones: las montañas, mesetas, llanuras y valles están en su lugar ahora como hace tres, cinco u ocho mil años. Por el contrario, no puede asegurarse que, en detalle, la situación haya sido inmutable. Así pues, los sistemas de terrazas en los valles han podido reacondicionarse repetidas veces como consecuencia de la variación del nivel de base. Se han llevado a cabo numerosas investigaciones para definir la importancia de esas variaciones. Se ha sabido recientemente que en la región de Mari, en la época neolítica, el lecho del Éufrates ocupaba el total de la anchura del valle gracias a una retícula de canales formando así la terraza del holoceno; más tarde se hunde en esta terraza, que tuvo gran protagonismo en el aprovechamiento del terreno agrícola de la ciudad en los finales del cuarto y principios del tercer milenio. Son estas terrazas de formación reciente, a veces hasta de época histórica, las que pueden haber sufrido modificaciones notables desde la antigüedad.

2.— En la llanura aluvial o en la zona del delta se encuentra otro tipo de modificaciones impulsadas por el cambio del curso de los ríos de acuerdo con el proceso que hemos visto. Se comprende fácilmente, que si los rasgos fundamentales del paisaje no se han renovado desde hace milenios, por el contrario, el desplazamiento de los ríos y el abandono de los rebordes de la orilla hacen que el paisaje antiguo, en un lugar determinado, no se corresponda con el actual. Se han iniciado investigaciones edafológicas con gran éxito, por ejemplo, como la citada más arriba en la región de tell ed-Der por la misión arqueológica de la Universidad de Gante para estudiar la configuración antigua del terreno. Como además, se sabe que el Éufrates se ha desdoblado en el siglo pasado, desplazándose hacia el oeste, se puede imaginar fácilmente lo que la geografía histórica puede ganar con un mejor conocimiento de la antigua organización de la red fluvial mesopotámica.

3.— En tercer lugar, debe estudiarse la relación entre la llanura del delta y el golfo Pérsico. La ausencia de todo asentamiento importante al sur de Ur, lleva a pensar en la posibilidad de un avance del delta en el Golfo en época histórica, y a evaluar en unos 150 km la progresión del río desde la antigüedad. Pero esta tesis no está confirmada en absoluto; además de que el nivel marino ha variado de forma importante en épocas recientes: según P. Sanlaville, de acuerdo con ciertas observaciones podría haber habido una invasión del mar hace menos de diez mil años, con un máximo en la época de Obeid (IV milenio), seguida de una vuelta de la progresión del delta, y como ésta es una zona de acumulación de materiales detríticos, la evaluación del carácter permanente o cambiante de las tierras más o menos emergidas es muy aleatoria. No obstante, el conocimiento exacto de las relaciones de Mesopotamia con los países del Golfo en las diferentes épocas de la antigüedad pasa por un conocimiento exacto de la configuración de la costa. Parece, pues, que si bien es bastante verosímil que el sur estuviera ocupado, antes incluso de la aparición de las primeras aldeas, los fenómenos de transgresión en el Neolítico y el potente aluvionamiento ocurrido han hecho desaparecer los rastros de posibles instituciones humanas.

4.— El último aspecto, aunque no por ello menos importante, nos lleva a revisar si el clima ha variado de forma notable desde la antigüedad. Se entiende que en un país árido, o en el límite de la aridez, la variación de las precipitaciones desde los primeros desarrollos de la civilización sea una cuestión esencial para comprender los meca-

nismos que se han puesto en juego. Ha podido establecerse, que entre el 12000 y el 8000 a. C., y después de quince mil años de un clima muy seco, hubo unas condiciones climáticas particularmente favorables para los cereales silvestres y para la vegetación arbustiva, robles y pistachos, en todo el Creciente Fértil, circunstancia que ha tenido un importante papel en el proceso de sedentarización. Pero una nueva sequía ha conducido, inmediatamente después, a condiciones más duras para los recientes sedentarios, que vuelven a escasear; se han sucedido fases secas y fases húmedas según ciclos que oscilan entre cinco y quince siglos. Su intensidad está mucho menos marcada y no es fácil conocer, incluso ya en época histórica, la trascendencia de las variaciones. Parece verosímil, sin embargo, que si bien se puede admitir una cierta tendencia a la desecación y por consiguiente, un empeoramiento de las condiciones generales, la situación actual no es muy distinta de la que había hace cuatro o cinco mil años.

Pero aunque esto sea así, hay dos circunstancias que han sufrido severas modificaciones desde la antigüedad y que han entrañado condiciones de vida diferentes:

— por un lado, la cobertura vegetal se ha degradado considerablemente por la actuación del hombre: sus necesidades de calefacción, el uso de la madera para los materiales de la vida doméstica y la práctica del pastoreo, agravada por la acción de las cabras, han hecho desaparecer los árboles de allí donde crecían espontáneamente hace ahora tres o cuatro mil años;

— algunos enclaves con agua en la zona de la estepa han podido quedar secos como consecuencia de la desaparición del arbolado y de la transformación de los suelos, resultados de una sobreexplotación de la capa freática.

Los ritmos

El esbozo que sigue no pretende más que presentar el marco histórico en el que se ha desarrollado la civilización mesopotámica. Al poner el acento en algunos hechos principales de la cultura material y en los acontecimientos históricos más sobresalientes de las épocas en las que éstos son accesibles por medio de la documentación escrita, se ha intentado, ante todo, definir algunas líneas maestras de la evolución y los momentos que parecen ser más importantes. La brevedad de esta presentación se explica porque cada uno de los capítulos que siguen insistirá en los grandes períodos que le afectan particularmente.

Antes de los textos

Las investigaciones de los últimos cincuenta años, y de forma especial, las de los dos últimos decenios, han conseguido identificar las diferentes fases de la prehistoria de Mesopotamia. Este descubrimiento progresivo ha ido acompañado por la atribución de nombres a cada una de las épocas reconocidas relacionados con los emplazamientos que habían proporcionado la primera documentación de tal o cual cultura o su manifestación más evidente. De esta manera, los establecimientos epónimos han sido promovidos a una notable dignidad, lo que no parece siempre satisfactorio en la medida en que se identifica excesivamente con ciertos focos unos fenómenos cuya amplitud es mucho mayor. Debido a esto, el equipo de prehistoriadores de Lyon ha propuesto una nueva clasificación cronológica (*vid.* cuadro pág. 61), aunque conservaremos la denominación usual ya consagrada.

La marcha hacia el Neolítico

De entrada, hay que dejar bien establecida la situación muy particular de Mesopotamia, que entra tardíamente en el proceso de neolitización, mientras que al principio, sólo las zonas que la bordean quedan afectadas. En una primera etapa, el desarrollo crucial que tiene lugar entre los milenios XII y X y que ve cómo los cazadores-recolectores se transforman en agricultores-ganaderos, es decir, cómo los predadores se hacen productores, tuvo lugar en la zona de colinas que se extiende al pie de la cadena del Tauro y a lo largo del mar Mediterráneo. Es en este sector, llamado por los especialistas la "zona nuclear", donde se expandió, en un medio favorable, un cereal silvestre que, al principio, los hombres se limitaron a recoger. Tal ha sido el punto de partida del proceso de la neolitización que comprende la sedentarización de los hombres y, por tanto, el nacimiento de un hábitat fijo y de una arquitectura y, a través del paso por una protoagricultura y una protoganadería, el nacimiento de la agricultura y ganadería verdaderas.

Fue en Palestina (Mallaha, Jericó) y en el norte de Siria (Mureybet), en el kebariense y, sobre todo, en el natufiense (10000-8300), donde se observaron los primeros pasos de la evolución. Más tarde, entre los años 8300 y 4400 dominan en Palestina (Jericó y Beidha) y en Siria (Mureybet) las formas protoneolíticas, mientras que en Anatolia y en los Zagros comienza a notarse el proceso.

Los inicios del Neolítico en Mesopotamia

El cambio en Mesopotamia se sitúa entre el año 6000 y el 5600. Es en el transcurso de este milenio cuando la agricultura y la ganadería se dominan y cuando comienza el verdadero Neolítico. Se observa, también, la salida de las nuevas técnicas de la zona nuclear y su expansión hacia territorios nuevos, y entre ellos, hacia el valle del Éufrates. De esta manera, se funda Buqras, más hacia el este Umm Dabagiyah y Yarim tepe. A partir de ahí, la cuenca mesopotámica se irá ocupando progresivamente desde las colinas que la bordean y más tarde se irá descendiendo a lo largo del curso de los ríos. La cultura de Samarra ilustra esta nueva situación con tell es-Sawwan, cerca del Tigris, y Choga Mami en la región de Mandali. En la segunda mitad del sexto milenio también se desarrolla la potente cultura de Halaf, cuyo nombre lo toma de un emplazamiento del norte de Siria, caracterizada por una cerámica con decoración geométrica que se en-

EL PRÓXIMO ORIENTE DEL 14000 AL 3700 a.C. (16000-5700 BP)

Período 0 (14000-10000)

Levante: *kebariense.*
Zagros: *zarciense.*

Período 1 (10000-8300)

Levante: *natufiense* (Mallaha).
Zagros: *zarciense final.*
Caspiana: *epipaleolítico.*

Período 2 (8300-7600)

Siria-Palestina: *protoneolítico, PPNA* (Jericó, Mureybet).

Período 3 (7600-6600)

Siria-Palestina: *PPNB* (Jericó, Beidha).
Anatolia: Hacilar *precerámico,* Çayönu.
Zagros: Ganj Dareh, Ali Kosh *(Bus Mordeh).*

Período 4 (6600-6000)

Siria-Palestina: *PPNB final* (Abu Hureyra, Buqras, Ramad Ras Shamra V C, Abu Gosh, Beisamun).
Anatolia: Çatal Hüyük *(XII-IX),* Can Hassan III, Suberde.
Zagros: Jarmo *(acerámico),* Ali Kosh, Sefid *(Ali Kosh).*

Período 5 (6000-5600)

Siria-Palestina: Biblos *(neo, antiguo),* Ras Shamra *V B.*
Anatolia-Cilicia: Çatal Hüyük *(VIII-II),* Amuq A.
Mesopotamia: Umm Dabagiyah, Yarim I *(XII-IX).*
Zagros-Khuzistán: Ali Kosh *(Mohammed Jaffar),* Choga Mish *(Susiana arcaico I).*

Período 6 (5600-5000)

Levante: Biblos *(neo, antiguo final),* Ras Shamra *V A, fase Sha'ar, Hagolan, Amuq B;* Chipre.
Mesopotamia: *Hassuna, Halaf, Samarra, Obeid I* (Oates).
Zagros-Khuzistán: Sefid *(Surkh), Susiana arcaico II (Susiana a).*
Turkmenistán: *Jeitun.*

Período 7 (5000-4500)

Levante: Biblos *(neo, medio),* Ras Shamra *IV C-B, PNA, Amuq C.*
Mesopotamia: *Halaf final, Obeid II.*
Zagros-Khuzistán: *Sabz-Khazineh, Choga Mami trans., Susiana* arcaico III, Susiana primitivo, Susiana medio 1-2 (Susiana b).
Turkmenistán: *Anau I A.*

Período 8 (4500-4100)

Levante: Biblos *(neo, reciente), PNB, Amuq D.*
Mesopotamia: *Obeid III.*
Zagros-Khuzistán: *Mehmeh, Dalma, Susiana medio 3 (Susiana c).*
Turkmenistán: *Anau I B, Namazga I.*

Período 9 (4100-3700)

Levante: Biblos *(eneo, antiguo), Amuq E.*
Mesopotamia: *Obeid IV.*
Zagros-Khuzistán: Bayat, *Susiana tardío (Susiana d).*
Turkmenistán: *Namazga II.*

N.B. Los datos se dan a. C., calculados sobre la base de la vida media "corta" (Libby) no calibrados.

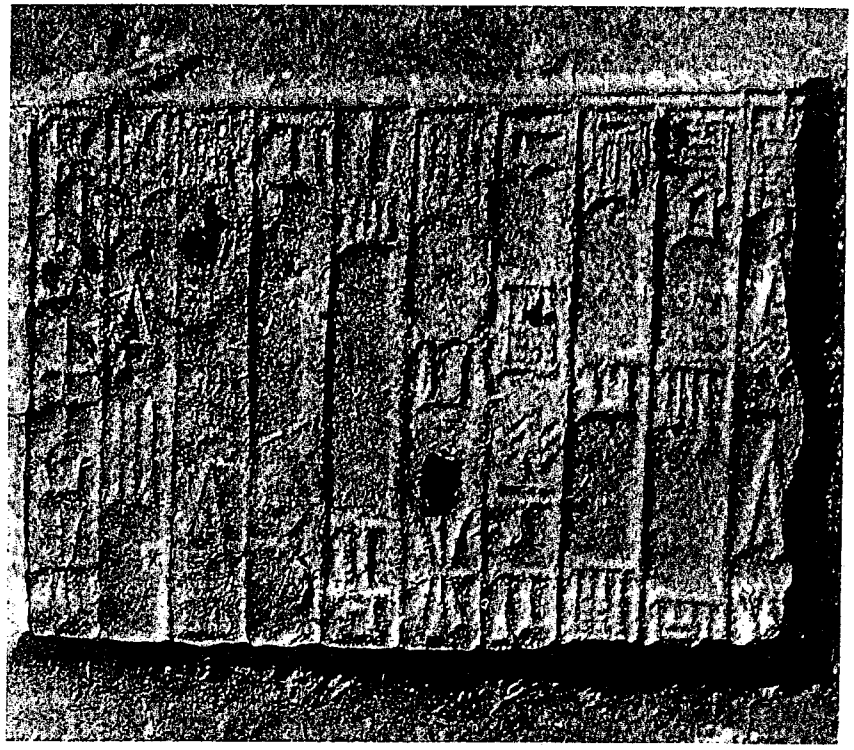
Cuadro cronológico de la prehistoria oriental según la Escuela de Lyon (en *Prehistoire du Levant,* Coll. Int. du C.N.R.S., 1980).

cuentra desde Hassuna hasta la costa mediterránea y que presenta afinidades con la de Samarra.

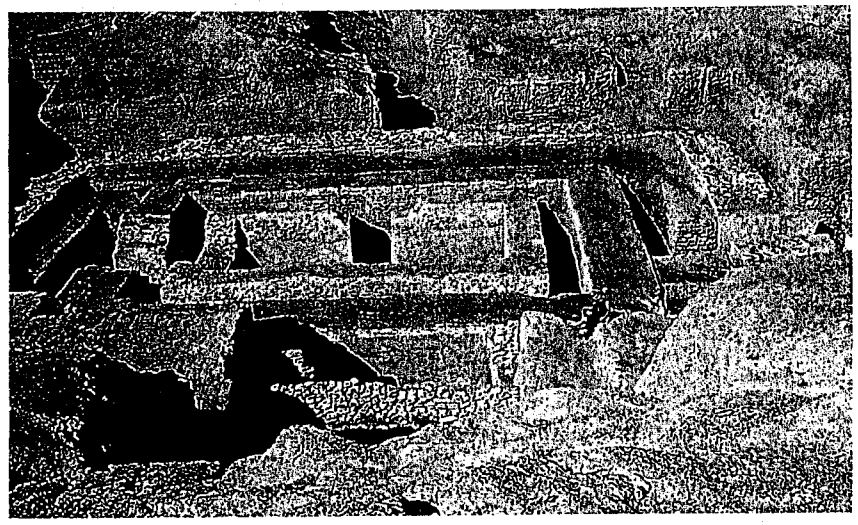
La época de El Obeid

Hacia el año 5000, acaso antes incluso, aunque las condiciones geológicas han hecho desaparecer las primeras huellas, Mesopotamia quedó completamente dominada. Comienza entonces la época de El Obeid, cuyo nombre corresponde al de un poblamiento meridional cercano a Ur, donde se reconoció por primera vez la cerámica que caracteriza a este período.

Durante un milenio y medio, esta civilización se mantuvo como dominante y sus características fueron extendiéndose rápidamente a



Un ejemplar de documento de tipo histórico: un ladrillo inscrito encontrado en el gran templo solar llamado E-babbar de Larsa.



El edificio de piedra (Steingebaüde) de la mitad o principios de la segunda parte del IV milenio; al pie de la terraza del Templo Blanco, su función permanece desconocida.

gran parte del Próximo Oriente. Hasta aproximadamente el año 5000, Mesopotamia parece que no había hecho más que recibir influencias externas, pero en el transcurso de este período de Obeid se invierte esa tendencia. Se observa, no sólo un desarrollo particularmente vigoroso de esta civilización en la misma Mesopotamia, sino también una no menos vigorosa expansión —a no ser que se trate de una transformación global— de las formas materiales hacia las regiones de alrededor, desde la Susiana hasta las costas mediterráneas. Este período aparece así, como la asunción por Mesopotamia de su destino, y esta irradiación es el signo más verosímil de una profunda modificación de las fuerzas en juego. Este período marca los comienzos de una potencia que se va a establecer durante más de cuatro milenios.

Este momento se caracteriza, en particular, por el desarrollo de la agricultura y por la adopción de técnicas de regadío, sin las cuales el progreso de Mesopotamia no se podría comprender. Las aldeas son siempre el marco normal de la vida humana, pero se van transformando en aglomeraciones más importantes cuya estructura no quedaba nunca anquilosada.

La pujante civilización de Uruk

En el curso del cuarto milenio, la civilización de Uruk sucede a la de Obeid. El nombre proviene de uno de los mayores emplazamientos de la Mesopotamia meridional y que parece haber sido el centro de la evolución que dio lugar al nacimiento de Sumer. Es en ese momento cuando se observa la multiplicación de señales que anuncian el paso de la aldea a la ciudad, y Uruk es, en la actualidad, una magnífica ilustración de este proceso sin que sea posible decir si ella ha sido realmente esa primera ciudad, la de los orígenes, siendo vano y utópico, por lo demás, el querer encontrarla, ya que no se puede atribuir ninguna fecha de nacimiento precisa a ese fenómeno. Lo que se constata en Uruk, y además en ese mismo momento, es la aparición de una arquitectura monumental, la aparición del cilindro-sello, que reemplaza al sello plano, y en el conjunto del Próximo Oriente la utilización de *calculi* en los que se reconocen instrumentos de gestión contable. Éstos son los signos característicos de las nuevas condiciones de la vida económica y del franqueamiento de una etapa importante en Mesopotamia.

Todas estas características vuelven a aparecer, además, bastante lejos de Uruk: en Susa, por ejemplo, en el norte de Siria, a lo largo del Éufrates (Habuba Kabira, Djebel Aruda) o en Turquía (Hassek Hüyük) y, de acuerdo con las últimas investigaciones en el Alto Khabur, así como en el Alto Tigris. Parece, pues, que nos encontramos ante un momento crucial en la evolución del Próximo Oriente, cuando se elaboran formas nuevas de la vida en comunidad, y cuando la economía cambia de dimensiones, incluso de objetivos. Nos es, a menudo, difícil de medir la amplitud de las mutaciones ocurridas, pero parece que han sido más bien subestimadas hasta ahora, pero sólo la arqueología permite contestar sobre este punto a los interrogantes de los historiadores.

Las excavaciones de Uruk parecen demostrar que los cambios fundamentales ocurrieron entre los niveles V y II de los definidos en ellas. Es, en primer lugar, en los niveles V y IV donde aparece el cilindro-sello y en el IV donde se encuentran los primeros ejemplos de escritura pictográfica. Algunas particularidades de las tablillas de los niveles III-II (fase llamada de Djemdet Nasr, por un emplazamiento de la Babilonia central donde se encontraron también tablillas arcaicas) permiten decir que han sido escritas en sumerio. Es, pues, bastante verosímil que en el nivel IV se haya hablado ya esta lengua. La cuestión que ha llamado, por mucho tiempo, la atención de los orientalistas es la de averiguar el momento en que aparecen estos sumerios

Ruinas del Templo Blanco de Uruk instalado sobre una terraza; se ven en primer plano los restos de la escalera de acceso a la terraza (excavaciones alemanas).

Como se verá, este problema es, sin lugar a dudas estéril, pero, en cualquier caso, parece difícil responder a él por medio de la arqueología.

En este período crucial se manifiesta otra transformación primordial: la existencia del metal no era totalmente desconocida, pero es ahora cuando se inicia un uso más intensivo de ese material; junto al oro y la plata se encuentra, algunas veces, plomo y sobre todo, cobre. La novedad consiste en que, al final del período, se empieza a utilizar una aleación, el bronce, en la que se mezclan cobre y una cantidad menor de estaño o de arsénico. Sus ventajas van a proporcionar a esta nueva materia una difusión más y más grande durante la primera mitad del tercer milenio.

Ése no es más que uno de los aspectos de la profunda mutación que impregna este período que ha conducido a una estratificación social más fuerte y a la vida urbana. Otros descubrimientos con consecuencias incalculables se sitúan también en este momento privilegiado: el torno de alfarero que sucede a la simple rueda e indica, normalmente, la necesidad de una producción en serie; también la rueda, que se revela como un factor del desarrollo de los cambios y del que apenas sí se pueden atisbar las consecuencias para la ulterior evolución de la humanidad.

Es, pues, en la época de Uruk donde se ven situarse las estructuras económicas y sociales que van a caracterizar las formas de la civilización oriental tal como ellas se nos aparecen cuando los textos permiten una aproximación histórica de acuerdo con los diferentes ritmos.

CON LOS TEXTOS

Las primeras tablillas son manifestaciones de textos de gestión administrativa o económica. La escritura se muestra así, bajo su primera luz, como un útil económico o administrativo que ha servido, primeramente para mejorar el aprovechamiento de una explotación, una hacienda o de un intercambio. Fueron precisos varios siglos para que se saliera de su papel técnico inicial y para que se la utilizara en inscripciones dedicatorias realizadas en las estatuas consagradas en los templos; estamos, en ese tiempo, en el período definido como el de las "Dinastías arcaicas"; más adelante, el uso de la escritura se extiende y sirve, por ejemplo, para transcribir inscripciones históricas, textos sapienciales, invocaciones, series lexicográficas e incluso, también, los primeros textos épicos y mitológicos: entramos entonces, verdaderamente, en la historia.

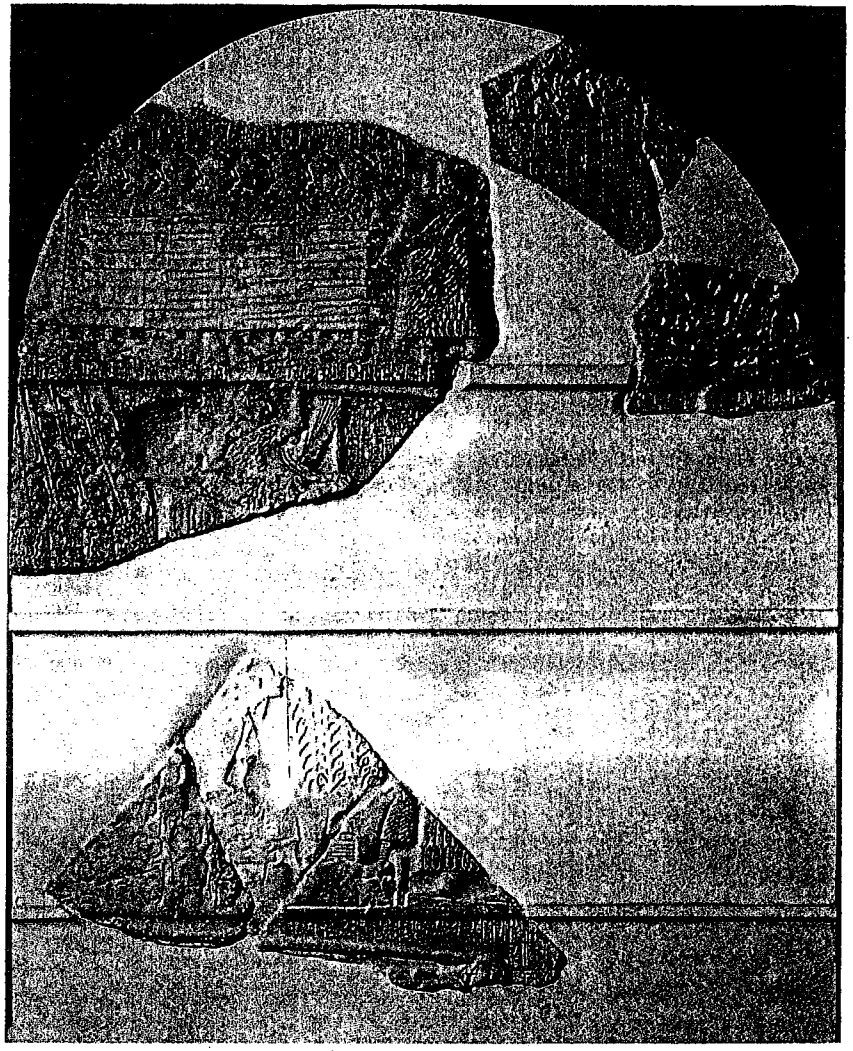
La época del Dinástico Arcaico

El proceso de urbanización emprendido en la época de Uruk no cesó en su desarrollo y acabó dando sus frutos: el país de Sumer, Babilonia, los grandes valles del Tigris y del Éufrates, la llanura del Khabur se cubren de ciudades; Siria, que durante largo tiempo se creyó que no fue afectada por el proceso, acaba de revelar patentemente, gracias al descubrimiento de Ebla, que no quedó excluida. El movimiento tomó, pues, y quizás por razones diferentes de unas regiones a otras, gran extensión y se convirtió en una característica del período, a la que se añade, también como rasgo específico, el hecho de que las ciudades se rodean de murallas: la tradición épica atribuye a Gilgamesh, el rey-héroe de Uruk, la construcción de una defensa en torno a su ciudad con una longitud de más de 9 km. El hecho, sin dudarlo, refleja la necesidad de las ciudades de protegerse de los efectos de una guerra endémica. Su estructura parece estar dominada por la presencia de los templos, en lo que se pretende ver una herencia del período precedente, y por la aparición de los palacios, monumentos considerados como exponentes de la existencia de nuevas fuerzas políticas que se imponen parcialmente a expensas de los poderes sacerdotales: no es cierto, no obstante, que la realidad haya sido tan simple.

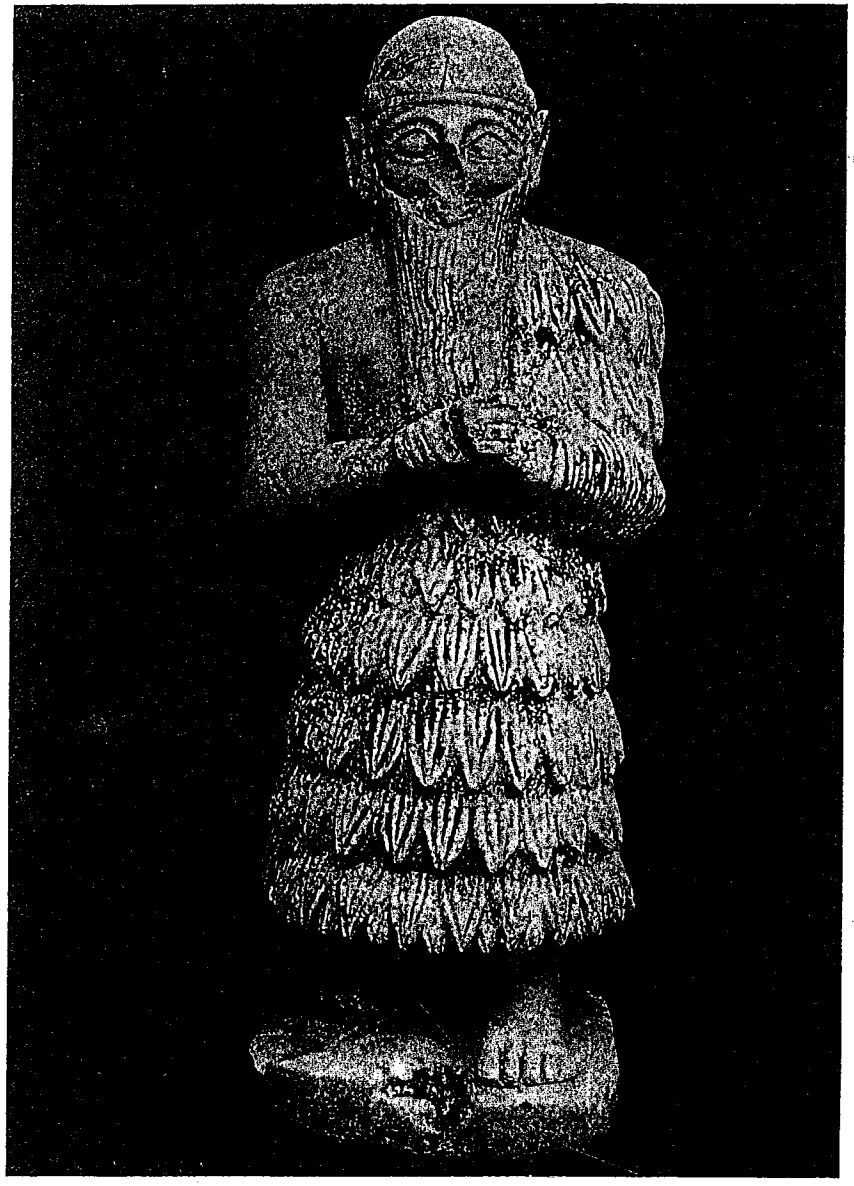
En la mente de los historiadores está claro que es la realeza la que caracteriza este período; se apoyan, particularmente, en la existencia de listas reales, cuya confección es, sin embargo, tardía, ya que no se conocen anteriores al siglo XVII, y a las que no se puede otorgar más que una fe limitada, pues en principio trataban de justificar situaciones o pretensiones que tenían poco que ver respecto a la realidad existente en la época de los orígenes de las dinastías. Se sabe, por otra parte, de reyes que han reinado efectivamente, puesto que se han encontrado sus inscripciones, y no aparecen en las listas reales. Sin embargo, los especialistas, cuando relacionan estas listas con las epopeyas, cuya información hay que tomarla con muchas precauciones, llegan a proponer algunos atisbos de una historia de relaciones entre las ciudades que habrían sido bastante agitadas: así, en la época de Gilgamesh, al que se le sitúa generalmente hacia 2700, aparece uno de sus adversarios, Mebaragesi, rey de Kish y padre de Agga; tras la lucha que los enfrenta, o tras de la que sostiene Enmerkar contra el señor de Aratta, en las que se evocan expediciones al golfo Pérsico o al Irán, ve perfilarse el cuidado de las rutas comerciales y de su dominio, lo que era, verdaderamente, un presupuesto fundamental para Sumer.

La única historia que se conoce con un poco de precisión es la de la ciudad de Lagash, gracias a los textos recuperados en Tello y a la *Estela de los buitres*. Una disputa relativa a un terreno situado entre Lagash y su vecina, la ciudad de Umma, fue solventada, una primera vez, mediante el arbitraje del rey de Kish, Mesilim; más tarde, bajo el reinado de Akurgal, hijo de Ur-Nanshe, quien se había distinguido por la construcción de templos y canales, se reanudó la guerra con Umma. Fue Eannatum, hijo de Akurgal, quien logró la victoria, seguida, parece ser, de un período de hegemonía con dominación de Sumer, puesto que habría llevado sus campañas victoriosas por el Éufrates, contra Mari, al corazón del país de Assur y al Elam. No obstante, el conflicto con Umma volvería a resurgir y Entemena, hijo de Enannatum (hermano de Eannatum), volvería a afrontarlo una vez más, pero sin lograr para su ciudad la supremacía existente en tiempos de su tío. La potencia de Umma también parece declinar hasta que Lugalzagesi, príncipe de esta ciudad, se apodera de Lagash, provocando la caída del reformador Urukagina, y extiende su poder sobre el país de Sumer (Uruk, Ur y Kish) y dirige una expedición hasta el Mediterráneo siguiendo la ruta del Éufrates; es la primera iniciativa, históricamente conocida, de unificación de Mesopotamia, iniciativa efímera, ya que Lugalzagesi fue rápidamente vencido por Sargón de Akkad.

Estela de los Buitres: lado del gran dios Ningirsu de Lagash sosteniendo a sus enemigos aprisionados en una red (finales de la primera mitad del III milenio, Museo del Louvre).

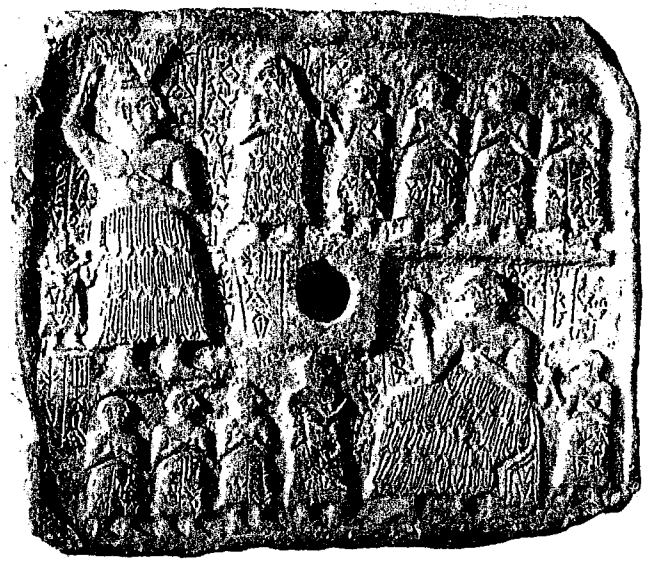


Estela de los Buitres: lado de los combates de Eannatum contra la ciudad de Umma (Museo del Louvre).



Estatuilla de Lamgi-Mari, rey de Mari de mediados del III milenio, encontrada en la excavación del Templo de Ishtar; su nombre, sin embargo, no aparece en las listas reales (Alepo).

Placa de Dudu, sacerdote de Lagash (finales de la primera mitad del III milenio, Museo del Louvre).



Placa de Ur-Nanshe, rey de Lagash (siglo XXVI), representado con sus hijos como fundador del templo; Ur-Nanshe acompañado de su copero y bebiendo, en el segundo registro (Museo del Louvre).

He ahí, en resumen, lo que se sabe de la historia de los comienzos de Sumer por los primeros textos conocidos. No es mucho y tampoco es cierto que se consiga aprehender el verdadero espíritu de lo sucedido. La forma de los documentos históricos o épicos no responde a una verdadera preocupación histórica y las disputas de Umma y de Lagash durante un siglo y medio no reflejan de manera garantizada la historia real de Mesopotamia durante los cinco siglos que abarcan las "Dinastías arcaicas".

El imperio de Agadé

En el período acadio la trama de los acontecimientos históricos se hace más compleja; las fuentes son más numerosas y se advierten tras ellas, aunque la interpretación no sea siempre fácil, los problemas que subtienden toda la historia de Mesopotamia.

La historia del imperio de Akkad es esquemáticamente bastante simple: Sargón, un advenedizo, después de haber ejercido ciertas funciones en la corte del rey de Kish, se rebeló contra su señor y fun-

Cabeza de maza de Mesilim decorada con un friso de leones (finales de la primera mitad del III milenio, Museo del Louvre).

dó su capital Akkad o Agadé, cuyo emplazamiento todavía se desconoce, y más tarde derrotó a Lugalzagesi. Ocurre entonces, hacia el año 2370, el nacimiento de una rápida expansión: después de haber sometido a Sumer y al Elam, se apoderó del resto de Mesopotamia, del valle del Diyala, del valle del Éufrates con Mari y del alto Khabur. Parece incluso, que llegó a aventurarse hasta en Anatolia. Toda la cuenca mesopotámica quedó así unificada, aunque esto es, sin duda, más aparente que real y los únicos lazos entre poblaciones tan distintas, reunidas en un mismo conjunto, fueron la administración y la afirmación de una ideología que encontró su aplicación, en particular, en las nuevas formas del arte y en la titulatura real. Sin embargo, las ciudades-estado no estaban dispuestas a abandonar su personalidad, ni su ansia de hegemonía, y la revolución general que marcó el fin del reinado de Sargón es el signo más evidente de ello.

Bajo Rimush y Manishtusu, dos hijos de Sargón, la indisciplina de Sumer y de Elam se mantuvo; Naram-Sin, el hijo de Manishtusu, desde su accesión al trono tuvo que aplastar una revuelta general y todo su reinado transcurrió, al parecer, guerreando, hasta tal punto que dejó exhausto al país. A los peligros interiores vinieron a añadirse los exteriores, bajo la forma de las primeras amenazas de las tribus amo-

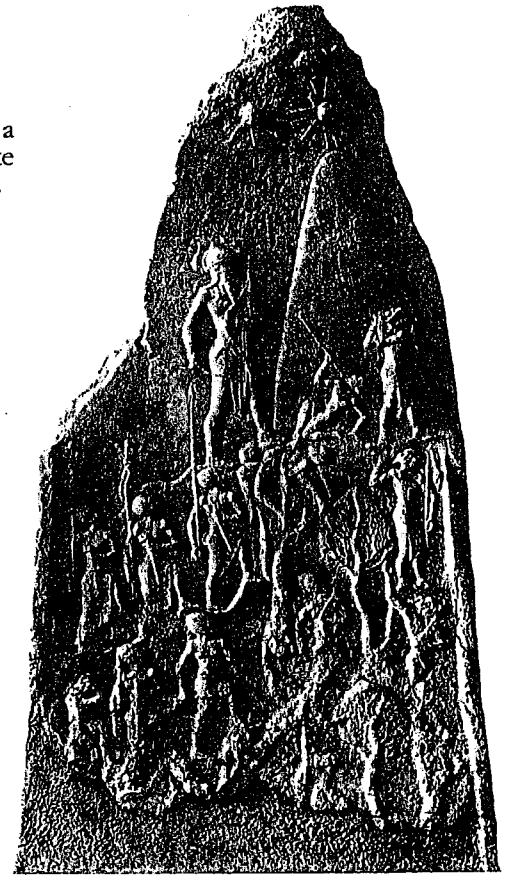
Impronta de cilindro-sello de Ibni-sharrum, escriba del rey de Akkad Sharkalisharri (siglo XXIV); una de las más bellas realizaciones de la glíptica acadia con el tema del héroe abrevando un búfalo (Muso del Louvre).

rritas y la presión de los guti, montañeses de los Zagros; peligros que, al final, provocaron, bajo Sharkalisharri, el hijo de Naram-Sin, el hundimiento del imperio hacia 2230.

Esta aventura había durado unos ciento cuarenta años. Dejó un recuerdo muy profundo en la mentalidad mesopotámica proporcionando, de alguna manera, dos arquetipos contrarios de imperio, el bueno y el malo: Sargón ha representado siempre, para la posteridad, la imagen de referencia a la que se recurría y la que se constituía en modelo, mientras que Naram-Sin, que parece haber necesitado usar de todas sus energías para mantener la cohesión del imperio, ha reunido en contra suya toda la negatividad de esa acción. Pero, más allá de la ambivalencia del juicio, la ideología unitaria ha permanecido como un objetivo, hacia el que no cesaron de tender los soberanos mesopotámicos cada vez que les fue posible desarrollar sus ambiciones hegemónicas y Sargón representará, siempre, el ideal a alcanzar.

Sargón aparece también, como el primer soberano semita en un mundo en el que hasta entonces habían dominado los sumerios. La oposición racial, que algunos han querido entrever en esta construcción imperial a expensas de las ciudades-estado sumerias, no parece descansar sino en bases poco creíbles y en la coexistencia de sumerios y semitas.

Estela de Naram-Sin donde el rey, a la cabeza de sus tropas, escala la montaña de los lullubi a los que combate victoriosamente (siglo XXIV, Museo del Louvre).



El renacimiento sumerio de la III Dinastía de Ur

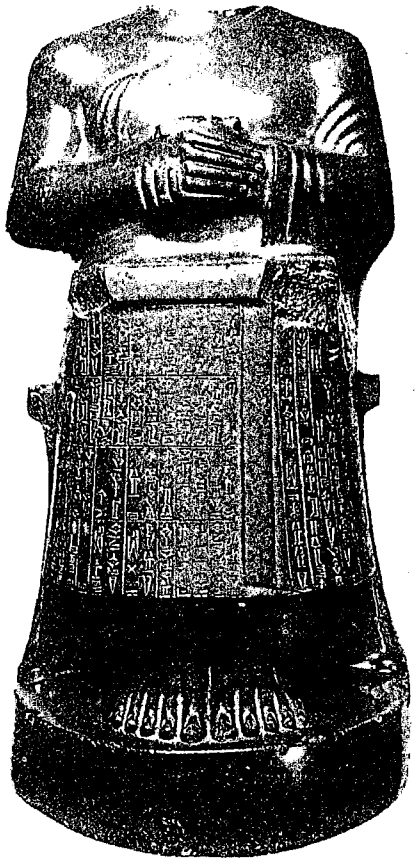
El hundimiento del imperio acadio fue seguido, según las fuentes, de un período negro en el que los guti, responsables de su caída, establecieron una dominación anárquica durante ciento veinticinco años de acuerdo con las listas reales. Sin embargo, el vigor del renacimiento sumerio, hacia 2120-2100, es el índice de que el marasmo de las ciudades mesopotámicas no era quizás tan total como pretenden los documentos antiguos; la calidad de la escultura de Gudea de Lagash, el gran valor de los materiales que hizo llegar de Siria (cedro y otras maderas preciosas, piedras para tallar) o de los países ribereños

Escena de combate procedente de la estela del rey de Akkad Rimush (siglo XXIV, Museo del Louvre).

del Golfo y del valle del Indo (ébano, oro, cobre, diorita y cornalina) para construir el santuario del dios Ningirsu, son la prueba de que los intercambios se hacían, aparentemente, sin demasiadas dificultades.

El renacimiento comienza, según nuestras fuentes, con un rey de Uruk, Utu-hegal, que destruyó al último rey guti; más tarde, Ur-Nammu establece, con el mayor vigor, la hegemonía de la ciudad de Ur sobre el conjunto del país sumerio. Instituyó su poder hasta en el Diyala septentrional; sin embargo, se conoce mal su poder real en Babilonia, a pesar del título de "rey de Sumer y de Akkad" que se dio para situarse en la tradición de Sargón; en todo caso, creó los condicionamientos para un buen desarrollo económico en Sumer. Shulgi, su hijo, a través de un largo reinado de cuarenta y ocho años, prosiguió la obra de reconstrucción interior y después tuvo que combatir contra Elam y las tribus de los Zagros y del Kurdistán. Fue su hijo, Amar-Suen, quien confirmó la victoria con la toma de Arbelas en el norte. El imperio pudo gozar durante un cuarto de siglo de una paz relativa. Los dos hermanos de Amar-Suen, Shu-Sin e Ibbi-Sin, subieron tras él al trono, pero el último soberano tuvo que hacer frente a la presión, cada vez más fuerte, de las tribus amorritas, de los pueblos de los Zagros y del Elam; y bajo los golpes de éste sucumbió en el 2003.

Urningirsu, príncipe de Lagash (siglo XXII), con la representación de los tributarios sobre el zócalo (Museo del Louvre).



Estatua de Gudea de Lagash, llamada Gudea arquitecto, porque está grabado el plano de un edificio sobre la tablilla que sostiene en sus rodillas (siglo XXII, Museo del Louvre).

En su apogeo, la extensión del imperio de la III dinastía de Ur fue, por lo menos, igual a la del imperio de Akkad; acaso incluso, la sobrepasara durante algún tiempo al incorporar todo el reborde de los Zagros. Sin embargo, su duración fue más corta, apenas algo más de un siglo: el ideal unitario encontró mucha oposición para imponerse, el Elam lo rechazó con todo su fuerza, y los nómadas amorritas que ya habían empezado a hacerse notar con los monarcas acadios estuvieron cada vez más presentes y reforzaron el componente semítico a expensas de la cultura sumeria.

La impresión que domina es que esta segunda experiencia de imperio universal se introdujo en una vía mucho más estatalista que la precedente. Ur-Nammu y sus sucesores han querido, aparentemente, desarrollar al máximo la Administración y de ello resultó una

burocracia pesada y puntillosa: las decenas de miles de tablillas administrativas liberadas por los niveles de esta época son los signos tangibles de esta actividad, tan intensa, que cabría preguntarse si no entrañó un peso excesivo de la máquina, quizás hasta el punto de rozar la parálisis; ¿sería acaso esto tan responsable de la desaparición del imperio como los rudos ataques de los amorritas o los esfuerzos del Elam?

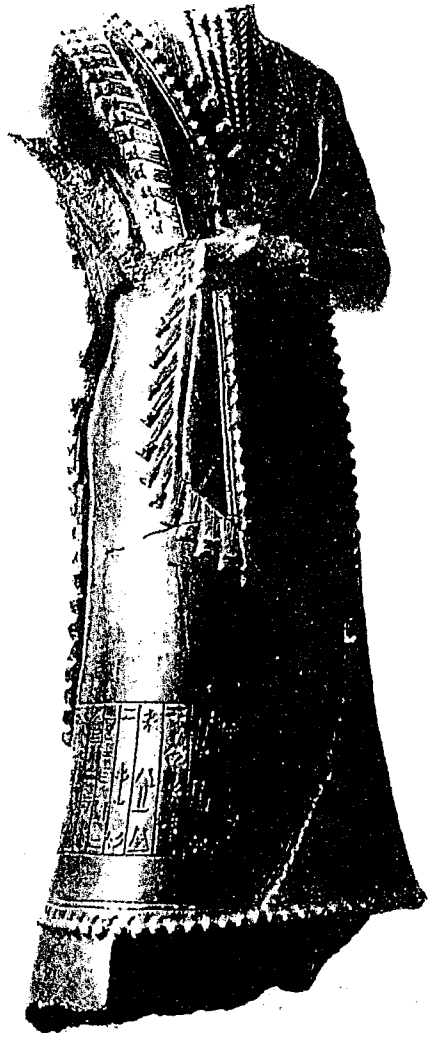
La época de las dinastías amorritas

Una gran diferencia separa las condiciones de la desaparición del imperio de Sargón de las del imperio de Ur-Nammu. El primero parece que fue seguido por una verdadera regresión, por un marasmo bastante general, al menos si nos basamos en las fuentes orientales y en los resultados de las excavaciones (a condición de que sean bien interpretadas). Habrá tiempo de matizar, incluso fuertemente, esta impresión, pero no es menos cierto que con Ibbi-Sin, la situación es totalmente diferente; lo que desaparece es el imperio, la III dinastía de Ur, pero el país mismo no parece sufrir el desastre; se asiste, simplemente, a un estallido de los componentes del imperio y a la constitución de numerosos reinos que intentan asumir la herencia y reconstruir el imperio en su provecho.

Durante los dos siglos que separan la caída de la III dinastía de Ur de la constitución del imperio de Hammurabi se observa una evolución que pone en juego, alternativamente, la mayor parte de los grandes reinos, que se hacen y se deshacen al son de las alianzas y de los éxitos o de los fracasos militares. Y por todas partes el poder está ocupado por reyes de origen amorrita.

Se pueden recoger muy esquemáticamente los acontecimientos, a menudo bastante confusos, en el cuadro siguiente: en un primer tiempo, y durante un período de unos cincuenta años, bajo la dirección de Ishbi-erra, un oficial traidor a Ibbi-Sin, y de sus sucesores, Iddin-Dagan, Ishme-Dagan y Lipit-Ishtar, la ciudad de Isin intentó imponer, sin éxito, su supremacía. Hacia 1930 son los reyes de Larsa los que intentan, a su vez, extender su influencia: Gungunum lanza sus tropas al asalto del Elam y contra las ciudades del Diyala; consigue apoderarse de Ur. Sus sucesores tratan de proseguir su obra con mayor o menor fortuna, pero aunque el reino de Larsa tuvo un papel importante durante más de siglo y medio, nunca consiguió imponerse de una forma indiscutible como potencia dominante en el país de Sumer; en Uruk, separada sólo por unos cuarenta kilómetros y que con tiempo claro llega a divisarse, una dinastía fundada por Sinkashid, hacia 1860, hace fracasar las ambiciones de Larsa durante unos sesenta

Cubilete de Gudea con un monstruo compuesto (cabeza de serpiente, alas y garras de águila, cuerpo de felino, cola de escorpión), animal atributo del dios Ningizzida que protege al príncipe de Lagash (siglo XXII, Museo del Louvre).



Estatua acéfala de Idi-Ilum, Shakkanakkum de Mari (siglo XXI, Museo del Louvre).

El rey conquistador

En los nueve ladrillos de fundación que hay enterrados bajo el templo de Shamash, Yahdun-Lim, rey de Mari a finales del siglo XIX, recuerda en estos términos su actividad militar en Siria del Norte y en las riberas del Mediterráneo:

"[...] Desde el día lejano en que dios construyó la ciudad de Mari, ningún rey habitante de Mari había alcanzado el mar, ni había alcanzado las montañas de Cedros y de Boj, montañas elevadas, ni había cortado los árboles de ellas. Yahdun-Lim, el hijo de Yaggid-Lim, el rey fuerte, el toro salvaje entre los reyes, fue hasta el borde del mar gracias a (su) habilidad y a (su) gran fuerza; ofreció al Océano un gran sacrificio (digno) de su realeza, y sus soldados se bañaron en las aguas del Océano. Penetró en las montañas de Cedros y de Boj, montañas elevadas y he aquí los árboles que él taló: boj, cedro, ciprés, y *elammakkum*. Saqueó todo lo que había por saquear, estableció su fama y reveló su habilidad. Sometió al país del borde del Océano, le hizo vivir conforme a (sus) órdenes y le hizo marchar detrás de él. Le impuso un tributo perpetuo y ellos le llevaron su tributo.

En este mismo año, La'um, el rey de Samanum y del país de los Uprapum, Bahlu-kulim, el rey de Tuttul y del país de los Amnanum, Ayalum, el rey de Abattum y del país de los Rabbum, (todos) estos reyes se pusieron en guerra contra él y las tropas de Sumu-epuh del país de Iamhad vinieron en su socorro. En la ciudad de Samanum, guarida de [...], se reunieron juntos contra él pero, gracias a (su) arma poderosa, él hizo prisioneros a estos tres reyes de [...], él venció a sus tropas, él les infligió una derrota, él hizo un montón con sus cadáveres, él destruyó sus defensas y las convirtió en *tells* y en terrenos baldíos. La ciudad de Haman, (parte de) la guarida de los haneos, que todos los padres de Hana habían fortificado, él la destruyó y la convirtió en *tells* y en terrenos baldíos. Él hizo también prisionero a su rey Ka-tsuri-hala. Él arrastró a su población y tuvo bajo su dominio las orillas del Éufrates".

(E. Sollberger y J. R. Kupper, *Inscriptions royales sumériennes et akkadiennes*, éd. du Cerf, págs. 246-247.)

Estatuilla de bronce parcialmente chapada en oro de un adorador arrodillado, consagrado a Hammurabi de Babilonia, llamada "adorador de Larsa" (siglo XVIII, Museo del Louvre).

años, hasta 1803, aproximadamente. Hammurabi de Babilonia, finalmente, derrotó a Rim-Sin de Larsa hacia 1761.

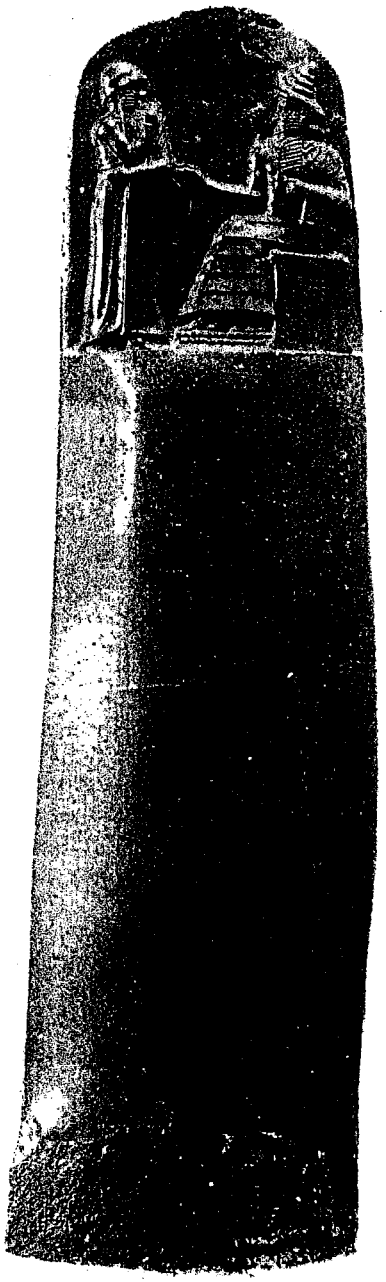
Al este, el Elam notó fuertemente la influencia acadia e intervino varias veces en los asuntos mesopotámicos, hasta su derrota ante Hammurabi en 1762. Más al norte, las ciudades del Diyala conocieron el mismo tipo de vicisitudes, con alternativas de disgregación y reagrupamiento de fuerzas.

Y mientras que los reinos sirios de Iamhad (en los alrededores de Alepo), de Ebla y de Qatna viven más asomados al mundo mediterráneo, aun teniendo siempre relaciones estrechas con Mesopotamia como lo demuestran los archivos de Mari, en el norte se desarrolla una potencia, centrada en el Alto Khabur, en el país asirio, y también temporalmente, en el reino de Mari, bajo la enérgica acción de Shamshi-Adad I (1814-1782); él forja, durante un tiempo limitado, la primera construcción política de envergadura (que conozcamos), fundada en los territorios del norte, teniendo como base territorial un conjunto complementario de valles, llanuras y montañas. A la muerte de Shamshi-Adad su construcción se disgrega; su hijo Ishme-Dagan puede mantenerse por un tiempo en Assur, pero Mari recobra su independencia con Zimri-Lim, quien intenta reconstruir la antigua pujanza del reino del Éufrates: sucumbió, también, bajo el golpe de Hammurabi en 1761. Lo interesante de la creación de Shamshi Adad a pesar de su carácter efímero, es que intenta hacer coincidir una formación política con una realidad económica; el comercio entre Mesopotamia septentrional y Anatolia era muy activo desde hacía mucho tiempo, como lo demuestra la colonia de mercaderes asirios establecida en Kultepe (Kanesh) en Capadocia.

El primer imperio babilónico

La formación del imperio de Hammurabi es, de alguna manera, la conclusión lógica de las políticas llevadas durante dos siglos por las dinastías amorritas que habían tratado de dominarse unas a otras. El problema quedó resuelto por el soberano de Babilonia.

La ciudad de Babilonia apareció en el escenario político hacia el final del tercer milenio; se liberó de la tutela de Ur, se erigió en principado independiente en el siglo XX, y llevó en principio, una política de prudencia. Hammurabi llegó al trono en 1792; los recursos de su reino eran, quizás, más importantes de lo que parecía, pero su extensión se debió sobre todo a su habilidad, pues muy prudentemente incorporó sucesivamente cada una de las potencias del momento. En 1786 toma a Rim-Sin de Larsa, posiblemente su principal competidor del momento, Isin y Uruk; más tarde condujo expediciones por la



Estela de Hammurabi, soporte del célebre código del mismo rey, y en su vértice una escena donde Hammurabi se presenta ante el dios Shamash, el dios de la justicia (siglo XVIII, Museo del Louvre).

Pequeña cabeza de diorita en la que algunos reconocen un retrato del rey Hammurabi de Babilonia (siglo XVIII, Museo del Louvre).

zona situada más allá del Tigris, cuyos ocupantes estaban siempre inquietos; en 1762 abate, con la ayuda de Mari, una coalición que agrupaba a las potencias del Tigris: los asirios, las ciudades del Diyala, los elamitas...; en 1761 toma Larsa y se proclama "Rey de Sumer y Akkad"; posteriormente hay una nueva victoria contra una coalición que agrupaba otra vez a las potencias orientales, después de lo cual se apodera de Mari. La conquista termina en 1753 con la derrota de Asiria y del reino de Eshnunna (Diyala).

Hammurabi había reconstituido así la unidad de la cuenca mesopotámica: por tercera vez en seis siglos, el país conocía un régimen unificador y una política conducente a armonizar una herencia heterogénea, marcada por antiguas rivalidades. La redacción del célebre código es el signo más claro de esta política de vuelta al orden. La obra de Hammurabi le valdrá una reputación de príncipe sabio, favorito de los dioses de quienes se considera el primer servidor, protector de su pueblo al que defiende de sus enemigos, dispensador, en fin, de vida y bienestar por la atención que presta a la agricultura y al riego; de alguna forma, es el retrato ideal del soberano mesopotámico. No obstante, parece que las últimas investigaciones llevadas a cabo por J. M. Durand y D. Charpin inclinan a pensar que el poderoso Hammurabi, símbolo del rey justiciero y unificador, hubiera sido vasallo de un rey aún más fuerte, el sukkalmah de Elam. Se muestra así que la naturaleza de nuestra documentación ha falseado, con frecuencia, la realidad histórica.

Pero..., este imperio, a pesar del prestigio del que gozó, no fue más sólido que los dos precedentes. En efecto, a partir del final del reinado de Hammurabi, en 1750, los peligros se acumularon: inestabilidad interior y crisis social, rumores amenazadores que llegaban de los Zagros e infiltración pacífica de los casitas. En 1740, Samsu-iluna tuvo que contener un ataque lanzado por los casitas que habían bajado de sus montañas; hubo una nueva tentativa, otra vez contenida, en 1708 bajo Abu-Eshuh. En el transcurso del siglo XVII, el imperio se pulverizó bajo la presión casita que se hacía cada vez más fuerte; fue, no obstante, el rey hitita Mursili I quien, en el curso de una correría sobre Mesopotamia, hacia 1595, provocó la caída de Babilonia. Aunque tuvo una duración superior a siglo y medio, el imperio se encontraba considerablemente debilitado desde el inicio del siglo XVII. En cuanto a la victoria de Mursili I, tuvo como consecuencia el entregar Babilonia a los casitas.

La dominación casita, Mitanni y Siria

Los "siglos oscuros" siguen al hundimiento del imperio de Hammurabi; los documentos escritos desaparecen, los bárbaros casitas, que reinan en Babilonia desde el siglo XVI con Burnaburiash I, son ciertamente los responsables. Por eso sabemos tan pocas cosas de los dos siglos siguientes. Aqar Quf (Dur Kurigalzu) es nuestra principal fuente de información a partir de 1400 hasta el final del período.

En realidad, los centros de interés se desplazan hacia el norte. Es la época del impulso, seguido por la plena potencia, del imperio hitita que introduce al complejo anatólico en el juego internacional. Pero es también, la época de la formación, en la región septentrional de Mesopotamia, de ese reino de Mitanni en circunstancias que nos son todavía oscuras. Se caracteriza, primero, por una población hurrita, que se la vuelve a encontrar, más tarde, en el norte de Siria (en Ugarit, Alalakh y Qatna) hasta Asiria oriental, en Nuzi; pero con ese fondo hurrita se mezclan, desde el principio del siglo XVI, y eso es lo que parece todavía misterioso, gentes que llevan nombres indoeuropeos; hay que esperar nuevos documentos para comprender la estructura de este Estado, cuya capital, Wasugani, no ha sido hallada todavía. El conocimiento que tenemos de este reino se refiere de hecho

Kudurru del rey casita Kudurri-Enlil (1264-1256) encontrado en el templo del E-babbar de Larsa y en sus tres registros superpuestos, los símbolos de las divinidades del panteón de mayor o menor importancia: sucesivamente Sin, Shamash (?), Ishtar (?), Ea, Anu, Enlil, Nabu, Marduk, Adad, Gula, Nergal, Zababa, Shuqamuna, Papsukal y Nusku (Bagdad).

Kudurru del rey casita Nazi-marrutash (1323-1298) representando al moloso de la diosa Gula: obra de excepcional calidad plástica que casi no se esperaría encontrar en esta época.

a su periferia, puesto que los documentos provienen de Alalakh, en Siria, o de Nuzi, en el otro extremo del territorio, donde residía un soberano que reconocía como su señor al rey de Wasugani.

De esta manera, nosotros tenemos ahora una Babilonia que no tiene un papel estelar, es una pobre entidad reducida a la parte central, y acaso la meridional, de Mesopotamia y un reino de Mitanni que ocupa todo el norte de la región en la época del rey Saustatar, hacia 1500, con unos límites, hay que reconocerlo, variables, pero que ocupa un papel internacional importante, en particular, con respecto a la rivalidad que enfrenta a hititas y egipcios. Estas potencias arreglan sus querellas en el territorio sirio, que se convierte en palenque de las luchas internacionales. Los archivos de tell el-Amarna en Egipto son una mina de información que revelan con una agudeza particular la complejidad del juego diplomático del siglo XVI.

En esta situación conflictiva es cuando Siria conoce un período particularmente esplendente; no hay ningún imperio, sino pequeños reinos reducidos normalmente a una ciudad y su territorio circundante, incapaces de luchar con eficacia contra los apetitos de sus potentes vecinos. Su juego político consiste, en general, en sacar el mejor partido a esta situación y, en definitiva, aceptando alianzas, pro-

tectorados y, a veces, la dominación extranjera las ciudades sirias parecen no salir demasiado mal paradas cuando se ve su riqueza, que las excavaciones de Ugarit, Alalakh y Emar han puesto al descubierto.

En ese contexto de gran antagonismo se ve apuntar, de forma muy discreta en principio, la potencia asiria. Después de un largo período de oscuridad, Asiria se libera de Mitanni y reaparece como una potencia real, a partir del siglo XIV, con Assur-uballit. Tukulti-Ninurta I (1244-1208) emprende una política expansionista, particularmente activa en los Zagros, el Alto Tigris y hacia el oeste, donde, con gran daño a los hititas, llega a cruzar, incluso, el Éufrates. Edifica, de esta manera, muy rápidamente, un vasto complejo que no le sobrevivirá.

Asiria se introduce así, suavemente, en su sitio, mientras que los países occidentales van a conocer con la llegada de los "Pueblos del Mar", hacia el año 1200, perturbaciones tales, que el imperio hitita será arrastrado, igual que todas las ciudades sirias. Estos trastornos acompañan el paso de la Edad del Bronce Reciente a la del Hierro y no hay que dudar que están ligados. En cualquier caso, se abre un período sombrío en las riberas del Mediterráneo oriental.

Las vicisitudes de la potencia asiria

La gran crisis que agobia a los países occidentales está acompañada por un hecho clave con graves consecuencias para todo el Oriente: la llegada de una nueva ola de nómadas semitas, los arameos. Y los escenarios de la invasión amorrita se repiten, las nuevas bandas ejercen una presión permanente sobre todo lo que es sedentario, golpean con violencia a los estados neo-hititas, nacidos de las ruinas de las invasiones de los Pueblos del Mar, pero también lo hacen con asirios y babilonios. No obstante, aunque logran apoderarse de las ciudades sirias, aunque su lengua acabará finalmente imponiéndose como lengua común del Oriente, no conseguirán destruir ni Asiria ni Babilonia.

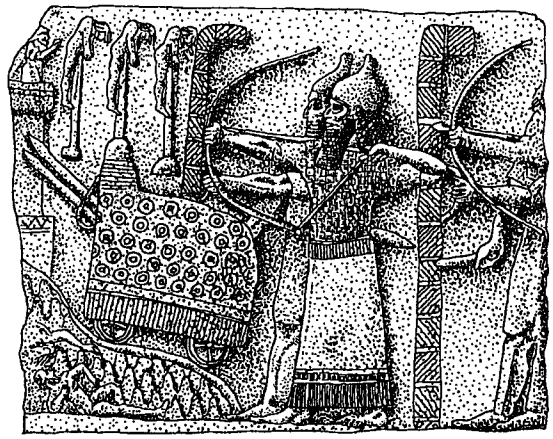
Se llega, entonces, al retorno a la escena internacional de Mesopotamia tras un eclipse de varios siglos. Babilonia y Asiria son los dos centros que dominan el mundo oriental durante la primera parte del primer milenio; Assur asume el papel principal hasta la caída de Nínive en el 612; pero antes de sucederle durante tres cuartos de siglo, Babilonia se muestra constantemente presente con sus ambiciones y con un poder que, en ciertos momentos, no es secundario de ninguna forma. Por el lado sirio, la actividad de las ciudades es siempre viva, pero ninguna tiene alguna vez medios para imponerse a las otras; a veces llegan, no obstante, a resistir a las potencias imperiales causando serios problemas en varias ocasiones.

Detalle de un bajorrelieve de Nínive en el que figura la deportación de poblaciones civiles por Assurbanipal (siglo VII, Museo del Louvre).

En un primer tiempo, los asirios tuvieron que luchar para contener a los nómadas arameos que llegaban en oleadas devastadoras. Hubo que esperar al siglo X para ver cómo Asiria reemprendía su ascensión. Sus soberanos se emplean ahora, activamente, en construir una herramienta militar eficaz y en poner a trabajar al país. Vuelven con Adad-Nirari II (911-891) a abrir la era de las conquistas atacando al Urartu y en el oeste, a los países poseídos por los arameos, más allá del Khabur; la solución adoptada es la de recorrer un país mediante correrías, obtener rescate por las ciudades y después volver a su propia casa cubiertos de riquezas sin tener que administrar las regiones cruzadas. Tras él, Tukulti-Ninurta II (890-884), luego Assurnasirpal (883-859), continúan con la misma política, pero este último añadiendo un componente sistemático de crueldad para conseguir que domine el terror; los ejércitos asirios circulan de esta manera hasta el Líbano sin incorporar los territorios. Con Salmanasar III (858-824) cambia el objetivo: se trata de conquistar realmente los países mediterráneos; pero a pesar de los repetidos intentos, acompañados de los estragos habituales, no llega a imponerse definitivamente a los diferentes reyes de Siria y Palestina. El siglo siguiente está marcado por una crisis interior que lleva a un debilitamiento de los poderes del rey; no hay, sin embargo, pérdida real de territorio.

Altar del rey Tukulti-Ninurta I (siglo XIII): el soberano está representado en dos actitudes diferentes ante el altar de Nusku (Berlín).

Bajorrelieve de Dur Sharrukin (Khorsabad) en el que el rey Sargón II está representado llevando el cabrito destinado al sacrificio (finales del siglo VIII, Museo del Louvre).



Escena de guerra de la época asiria: ataque a una ciudad con ayuda de una máquina de asedio tras de la cual actúan los arqueros protegidos con pantallas; en el segundo plano hombres empalados. Bajorrelieve de Tiglat-Pileser (744-727), Nimrud (British Museum).

Una rebelión que coloca en el trono a Tiglat-Pileser III en el 746 señala el final de esta crisis y este rey aparece como el verdadero fundador del imperio neoasirio. Comienza por someter a Babilonia, se vuelve seguidamente contra Urartu, los medos y después los arameos. Con él se inicia la ocupación permanente de los territorios conquistados y las deportaciones en masa de los pueblos vencidos, política que buscaba el amalgamarlos e imponer una misma administración para todos en todo el imperio. Es una verdadera política imperial, que sustituye a la del territorio pillado y expoliado por las armas. Durante el siglo siguiente, Asiria dominó el conjunto del Próximo Oriente pero no sin esfuerzo: la guerra fue permanente en las fronteras, las rebeliones internas frecuentes e incluso habituales en cada cambio de reinado. Algunas figuras señeras han marcado el siglo: Sargón II, el constructor de Dur Sharrukin (Khorsabad) que metió en razón a Urartu; Assarhadón, quien en 674-671 llegó a conquistar Egipto, aunque aquí la dominación asiria permanecerá frágil hasta 653, momento en que los asirios debieron retirarse; Assurbanipal que impuso su poderío en Babilonia y Elam; a la muerte de éste en el año 627, Asiria parece estar en la cumbre de su poder y, no obstante, quince años después, en el 612, Nínive sucumbe bajo los golpes de los medos al mismo tiempo que Nabopolasar, rey de Babilonia, pone a su país en franquicia. Ha producido gran extrañeza lo radical de la

desaparición definitiva de Asiria que nada hacía presagiar; pero de hecho, el país estaba totalmente agotado por las guerras y también por las políticas de munificencia de los soberanos que rivalizaron en la construcción de sus palacios.

El imperio neobabilónico

Sobre las ruinas del imperio asirio Nabopolasar, que había contribuido grandemente a su caída, estableció su dominio. Su hijo Nabucodonosor se apoderó en el 605 de Siria y de una parte de Palestina; en los años 597 y 587, acaece la toma de Jerusalén seguida de la deportación; por otra parte, se promueve un gran esfuerzo para el desarrollo interior. Nuevamente, este imperio adquiere la apariencia de fortaleza, pero el sucesor de Nabucodonosor tendrá dificultades y el último rey, Nabónido, se debatió en una situación confusa, marcada por la ascensión del poderío de los persas. Y fue Ciro quien hizo caer a Babilonia sin la menor dificultad en el 539.

Lo que muere con la caída de Babilonia no es la civilización mesopotámica, sino la Mesopotamia independiente, la que por las armas había dominado el Oriente Próximo desde hacía siglos. Ciro, al establecer su dominio sobre el País de los Dos Ríos, que no va a ser más que uno de los componentes de un imperio que sobrepasará todo lo que se había hecho hasta entonces, no quiere, de ningún modo, hacer desaparecer lo que constituía la esencia de su civilización. E incluso, reducida de esa manera, Mesopotamia guarda todavía un gran prestigio que el interés de Alejandro evidencia. Pero no es más que una supervivencia: la escritura permanece en uso en centros que son conservatorios. En Sippar, las excavaciones iraquíes acaban de encontrar una verdadera biblioteca todavía colocada sobre sus "anaqueles", que data de la época parta y en la que parece haberse reunido un compendio de la tradición mesopotámica, bella prueba del arraigo en su propio pasado, pero también signo de una esclerosis total que explica fácilmente la desaparición de esta civilización multimilenaria.

Pero la civilización mesopotámica, aunque no desaparezca rápidamente, no hace más que sobrevivir. El helenismo triunfante va a recubrir este Oriente que durante cinco milenios se había proyectado hacia Occidente, y que en lo sucesivo, recibirá de él sus fuerzas vivificadoras; el nacimiento del Islam marcará la vuelta del péndulo y la adopción de la tendencia original.

Esbozado así el cuadro cronológico de la civilización mesopotámica hay que hacer algunas reflexiones complementarias.

ALGUNOS PROBLEMAS

El problema de la datación

El problema es simple: ¿en el transcurso de los diez milenios del cuadro propuesto, hay seguridad en las fechas? ¿Las condiciones de datación son uniformes para todo el período? Está claro que la larga duración de esta historia, su arraigo en la prehistoria, la desigual importancia, cualitativa y cuantitativa, de la documentación escrita en el correr de tres milenios de su existencia, no pueden otorgar a cada momento la misma precisión.

Incluso, en la antigüedad, la preocupación por la medición del tiempo no se desarrolló sino progresivamente; la diversidad de situaciones, así como las dificultades que encuentra el historiador, aparecen con la evolución de la forma de fechar. Al principio del segundo milenio se medía un reinado por el número de años de su duración y se le daba a cada año un nombre que conmemoraba un acontecimiento del año precedente; no había, pues, ningún lazo lógico que uniera los años de reinado de un soberano ni nada que los relacionara con algún sistema externo; en estas condiciones, conocer el orden de los acontecimientos de un reinado equivale a solucionar un puzzle, las más de las veces incompleto, y en el que todas las piezas tuvieran la misma forma y por tanto la misma posibilidad de adaptarse a una pieza o a cualquier otra; por fortuna, relaciones lógicas o informaciones externas proporcionan a veces el hilo conductor. Entre los asirios, en cambio, se da al año el nombre de un gran personaje del Estado y los actos se fechan con ayuda de este nombre; por otra parte, la lista de estos "epónimos" está oficialmente establecida. Gracias a ella, el historiador contemporáneo está en posesión de un marco cronológico coherente.

Esta cronología establecida sobre la base de textos da las indicaciones habituales en historia. Pero cuando los documentos escritos faltan, o cuando no aportan datos de esta naturaleza, la arqueología es la única que puede aportar las bases de referencia; es evidente, entonces, que la indicación no puede ser el año y que sólo la noción de período, con una duración variable, se puede tomar en consideración. Diversos intentos han tratado de cuantificar la duración de las capas arqueológicas, cómo se puede determinar la duración media de las generaciones o de los reinados. Esos intentos no han logrado nada, ya que nunca se han introducido datos fundamentales como las modalidades o las causas de la formación de tal o cual capa arqueológica. En cambio, se abrió una gran esperanza en el mundo científico

Ruinas de Babilonia. En el fondo la reconstrucción reciente del templo de Ninmah.

de la prehistoria cuando el análisis del carbono 14 (C^{14}) parecía haber proporcionado un instrumento de medida del tiempo capaz de compensar la ausencia de textos. Después de unos cuarenta años en los que se vienen efectuando esas mediciones, se aprecia que la solución no es tan evidente como se había esperado en principio, pero paso a paso, las mediciones se van multiplicando y las investigaciones en ese ámbito se profundizan; su precisión, y sobre todo su interpretación en un marco bastante amplio, suministran una base cada vez más sólida. Este método resulta todavía más interesante cuando se le puede relacionar con otros, la dendrocronología, por ejemplo. Desgraciadamente, las malas condiciones de conservación de los productos orgánicos en los suelos húmedos de los valles orientales no permiten apenas emprender su utilización. Por el contrario, se deberían usar otros procedimientos de datación, como la termoluminiscencia que permite datar cerámicas. Aunque en el ámbito cronológico no se ha llegado a establecer certidumbres, puede esperarse que estén a nuestro alcance en un corto porvenir.

Credibilidad del marco cronológico

Así, el grado de fiabilidad del marco cronológico de la historia mesopotámica se presenta actualmente como sigue:

En el primer milenio, la confrontación de todas las fuentes disponibles, el cómputo seléucida, la lista de los epónimos asirios, observaciones astronómicas y las listas dinásticas egipcias han posibilitado que se elabore una cronología que puede considerarse válida con un error de uno o dos años.

Remontándose en el curso del tiempo, la incertidumbre para la segunda mitad del segundo milenio crece un poco, pero no sobrepasa la decena de años. Se puede considerar que para los últimos quince siglos de la historia de Mesopotamia la incertidumbre cronológica es despreciable.

La situación ya no es tan buena para la primera mitad del segundo milenio, ya que aparece una ruptura muy definida durante el período oscuro que sigue al primer imperio babilónico. Los textos de la época son, en efecto, extremadamente raros. Se conocen, para el tiempo de las dinastías amorritas y para el primer imperio babilónico, listas de reyes de los que se sabe la duración del reinado y a veces los nombres de los años; los sincronismos han posibilitado ajustes paralelos y una coherencia aceptable entre los diferentes reinados; pero la situación se complica singularmente cuando se quiere enganchar este conjunto con la cronología absoluta: las investigaciones han concluido en este caso con la elaboración de tres propuestas cronológicas diferentes, llamadas respectivamente larga, media y corta. La primera sitúa el reinado de Hammurabi de 1846 a 1806, la segunda de 1792 a 1750 y la tercera de 1728 a 1686. La cronología media es la que presenta menores dificultades, sin resolver de forma absoluta todos los problemas: como es adoptada por lo general, en espera de la aparición de un documento o de un método que permita resolver el problema, es la que se utiliza aquí.

Aunque la cronología interna de la III dinastía de Ur está asegurada, su lugar no está bien fijado. A partir de ahí, cuanto más se remonta el tercer milenio, la imprecisión es mayor. Las bases de los sistemas propuestos descansan esencialmente en las listas reales, elaboradas la mayoría en la época de Isin y sobre sincronismos. Se atribuye una duración a la época del Dinástico Arcaico de cuatro o cinco siglos, situándose su inicio hacia 2800, ya que se tienen para la época del 3000-2800 (período de Djemdet-Nasr o de Uruk III) documentos que se pueden considerar como sincrónicos de la época tinita egipcia, que está bien datada. De hecho, los esfuerzos por fijar la fecha de

las Dinastías Arcaicas se han apoyado tanto en la arqueología como en los textos, todavía poco numerosos y con frecuencia oscuros.

A partir de ahí sólo los métodos arqueológicos o científicos pueden permitir una aproximación a los problemas cronológicos en las condiciones que ya se ha dicho.

Los textos, ¿responsables de una deformación de óptica?

La presencia de textos en una época en la que ninguna otra civilización, excepto la egipcia, los posee, otorga un interés sin par a Sumer. Ha sido gracias a ellos como se han podido conocer los nombres de los soberanos, entrever las relaciones entre las ciudades y por tanto, aprehender algunas briznas de la historia de los acontecimientos, y también, estudiar la evolución de una sociedad en la que la escritura es el producto de una secreción interna y no la simple adopción de un sistema exterior.

Paradójicamente, este recurso ha podido conducir en algunos casos a sobreestimar la época en la que aparecen los textos y a concederle todas las novedades. Así es, por ejemplo, que se atribuya a Lugalzagesi la primera tentativa de unificación de Mesopotamia y que se le conceda a Sargón de Akkad el primer éxito en ese aspecto: de hecho, nada prueba que una intentona de la misma naturaleza no hubiera ya tenido lugar, incluso con éxito, en los siglos precedentes, pues una tal construcción política no tiene nada que ver con la posesión de la escritura: ¡se sabe de imperios que han nacido en una África sin escritura! Nada indica, pues, que todo lo que se nos aparece como nuevo, porque es la escritura la que nos lo ha hecho conocer, no haya sido una realidad anteriormente. La escritura, herramienta económica, no debe considerarse como el origen del desarrollo, sino más bien como la consecuencia de un desarrollo al que todavía nos resulta difícil conocer. Entiéndase que este comentario no intenta, en modo alguno, proponer de forma precisa hechos tales como la construcción de un imperio en época prehistórica, sino que quiere solamente luchar contra una tendencia extendida y al fin, históricamente perniciosa, que subestima las aptitudes de los períodos sin escritura y considera que ésta, de pronto, provoca un formidable salto hacia delante de la humanidad y una ruptura cualificada con el pasado. Las últimas investigaciones parecen probar que la organización regional del reino de Mari, con su canal de transporte de 120 kilómetros de largo, fue realizada en la época de la fundación de esta ciudad, hacia el año 2800 seguramente, y quizás antes, cuando la escritura no estaba entonces más que en sus balbuceos. ¿Se negará esta revalorización de envergadura denegando a todo el estado la capaci-

dad de comprometerse en una tal empresa, cuando sólo esta organización permite comprender las causas de la fundación de la ciudad? Volver a dar a la época de Uruk su verdadera amplitud pasa sin duda por esta revisión.

El desplazamiento de los centros de equilibrio

La historia de Mesopotamia es una historia de ciudades. Desde los orígenes, o mejor, desde que los documentos escritos permiten observarlo, las fuerzas en juego son las de unas ciudades que intentan dominar a las vecinas. Una potencia en ascenso se transforma en reino, que no es más que una agrupación de ciudades bajo el dominio de una de ellas; en el estadio siguiente, el imperio es la absorción por un reino de otros menos fuertes. En el apogeo de la formación está siempre una ciudad que controla un espacio más o menos grande: Akkad, Ur, Babilonia...

Pero la lucha entre estas ciudades no se hace por puro azar; fuerzas profundas tejen la trama de la historia del país. Es en el país de Sumer donde ocurre todo al principio: ¿es una casualidad que en el otro extremo del Golfo se desarrolle casi paralelamente la civilización del Indo? En el transcurso del tercer milenio, la única tentativa que no es estrictamente meridional es la de Agadé, que aparece también como la primera tentativa semita conocida. La lucha de las ciudades en la época de las dinastías amorritas acaba con la victoria de Babilonia: el centro de equilibrio se ha desplazado entonces hacia la Mesopotamia central; por tanto, esto se corresponde con la declinación de Sumer, imputable posiblemente a un debilitamiento de la economía agrícola del sur, pero también, a la desaparición de la civilización de Harapa, en el valle del Indo: por lo demás, las últimas investigaciones llevadas a cabo en el Golfo parecen mostrar también, un tercer milenio a imagen del dinamismo de Sumer y por el contrario, un segundo milenio apagado y sin vigor; todo ocurre como si la desaparición de la civilización del Indo hubiera tenido repercusiones hasta en Mesopotamia, sin duda por el debilitamiento de las corrientes comerciales que utilizaban la vía marítima.

Se produce entonces un nuevo centrado hacia Babilonia en el momento en que Siria, que en el tercer milenio parece haber estado en la órbita del País de los Dos Ríos, manifiesta una individualidad notable y un interés, aparentemente nuevo, por el mar Mediterráneo. Pero el centrado no llega a término, pues en el correr del segundo milenio, el reino de Shamshi-Adad constituye el primer intento de una gran fundación septentrional, retomada menos de dos siglos más tarde por Mitanni; está claro desde entonces, que las fuerzas reales se

encuentran, en el futuro, en la zona septentrional de Mesopotamia y las fuentes de aprovisionamiento de metal tienen, por supuesto, un gran papel en esta cuestión. Así, la región de piedemonte, que desde hacía tiempo formaba uno de los polos del desarrollo económico de la zona, se constituye en el curso del segundo milenio en la base de las formaciones políticas. En cuanto al aumento de poder de los asirios, no resulta solamente de sus cualidades militares, que les serán características en el primer milenio, ni por sus aptitudes mercantiles, atestiguadas desde finales del tercero cuando comerciaban con Capadocia: es, ante todo, el signo del desplazamiento de los centros de equilibrio ligados también al progreso de la cuenca mediterránea en el segundo milenio. El imperio neobabilónico aparece casi como un accidente en esta evolución y su corta vida así lo testimonia; todo ocurre como si se hubiera colocado en un reducto liberado del derrumbamiento brutal e inesperado de Asiria, cuando los medos no estaban todavía en disposición de absorber a Mesopotamia.

Así, el desplazamiento de los centros de poder en el transcurso de los tres últimos milenios de la historia de Mesopotamia, parece responder a polos exteriores que podrían tener un papel atrayente en virtud de la vías comerciales que era preciso dominar.

Los actores principales

Hasta ahora los protagonistas de esta historia no nos han retenido demasiado y merecen algo mejor. Sumerios y semitas son los dos grupos étnicos principales: ya se ha visto su posición en el espacio (los sumerios dominan el sur y los semitas, principalmente el norte, más allá de Nippur) y los tiempos de auge de la historia de cada uno de ellos (dominación de los sumerios en el tercer milenio, supremacía de los semitas en el segundo, con desaparición de los sumerios que ya no aparecen más que como referencia cultural del pasado en el ámbito de los escribas).

Son los sumerios, efectivamente, quienes han tenido el papel más antiguo y de quienes parece proceder todo. Los hombres que utilizan la lengua sumeria están presentes en la Baja Mesopotamia desde los orígenes de la historia. Se ha investigado durante mucho tiempo para saber cuándo llegaron y de dónde vinieron: no se ha dado hasta ahora ninguna respuesta satisfactoria. Su lengua no se parece a ninguna rama conocida y las creaciones materiales de su civilización parecen colocarse en línea recta con las realizaciones de la época de Obeid. Desde luego, la continuidad de la evolución de la cultura material es mucho más llamativa que las rupturas que se han señalado a fin de determinar el momento de la llegada de los sume-

rios. En estas condiciones, y sea lo que sea de la cuestión de los orígenes de la lengua, parece mucho más razonable pensar que la población del bajo país mesopotámico es el resultado de la amalgama de poblaciones diversas, instaladas desde que se practicó la agricultura, acaso incluso antes, y constantemente renovada por aportaciones exteriores. No hay apenas razones para pensar que la imagen que nos remite la época histórica, de una renovación permanente en la que desaparecen los caracteres de cada etnia, haya sido diferente de la que precede de forma inmediata a la aparición de los textos.

Los semitas están allí desde los orígenes de la historia. Es absolutamente vano intentar precisar el momento de su llegada. La cuestión estriba en saber si sumerios y semitas forman grupos étnicos francamente opuestos, tratando de conservar celosamente su integridad racial, si ha habido fricciones entre ambos grupos, como algunos historiadores han pensado, y si puede hablarse, con respecto al tercer milenio, de una lucha que finaliza con la victoria del segundo grupo. En realidad, son los términos raza y etnia los que parecen difíciles de aceptarse: en el sur, la lengua dominante era, en el tercer milenio, el sumerio, y en Babilonia central el acadio; cada una de ellas transmitía una cultura que no era intercambiable con la otra. Cuando la actividad económica del sur se debilita y Babilonia toma el relevo, las lenguas semíticas se imponen de manera muy natural y lo que ha constituido la fuerza del viejo fondo semítico es que ha estado continuamente renovado durante dos milenios por poblaciones que usaban el mismo tipo de lengua.

Mesopotamia aparece como un mundo de ciudades sumerias o semíticas; pero en el trasfondo están las poblaciones nómadas que desempeñan un papel fundamental, incluso aunque ellas no aparezcan sino muy mal en nuestra documentación, ya que la arqueología es incapaz de aprehender la existencia antigua de hombres que no dejan que los restos de su actividad se acumulen en el mismo sitio durante un cierto tiempo. Además, los textos no hablan de los nómadas más que en la medida en que entran en contacto con los sedentarios. Sólo la documentación de Mari al dirigir, de alguna manera, su enfoque sobre el Éufrates durante una quincena de años posibilita el tener algunas ideas sobre ese mundo, no tanto sobre la propia vida de esos grupos como sobre sus altercados con el rey Zimri-Lim. La realidad es, no obstante, que las poblaciones nómadas han vivido durante toda la antigüedad, y hasta los tiempos modernos, al lado de los sedentarios en un estado de dependencia recíproca; pero los modos de vivir y de pensar eran tan diferentes que las relaciones no podían ser sino conflictivas. Gracias a los textos vemos aparecer grupos nómadas en los inicios de la historia (hacia 2300) bajo el nombre de "tribus amorritas". Es muy verosímil que la presencia de nómadas fuera

anterior a las primeras menciones de los textos. Durante varios siglos esas tribus serán causa de ansiedad permanente para los responsables de las ciudades, que deberán luchar, contemporizar, tratar con un enemigo insaciable, concederle tierras y alistarle en el ejército. A la larga, estos nómadas, cuando intentan sedentarizarse, se asimilan y se integran en las estructuras existentes. Son un elemento esencial en la renovación permanente de las poblaciones. Ocurre con frecuencia que llegan a tomar el poder en las ciudades, como lo hicieron los amorritas y después los arameos y más tarde los árabes. Lo que choca en este universo oriental es la permanencia de la población nómada que ejerce una presión más fuerte sobre los sedentarios cuando crece su número; es entonces cuando se habla de ella. La cuestión de su origen no está realmente resuelta: puesto que los árabes han venido de la península arábiga se ha tenido la tendencia, a menudo, de ver allí el reservorio natural de los nómadas que aparecen periódicamente por oleadas, pero permaneciendo siempre presentes. Algunos investigadores han propuesto otros orígenes geográficos, al menos para el grupo inicial, otros, por último, se preguntan si las regiones esteparias y los bordes del desierto del Próximo Oriente no suministrarían de forma permanente esas poblaciones nómadas.

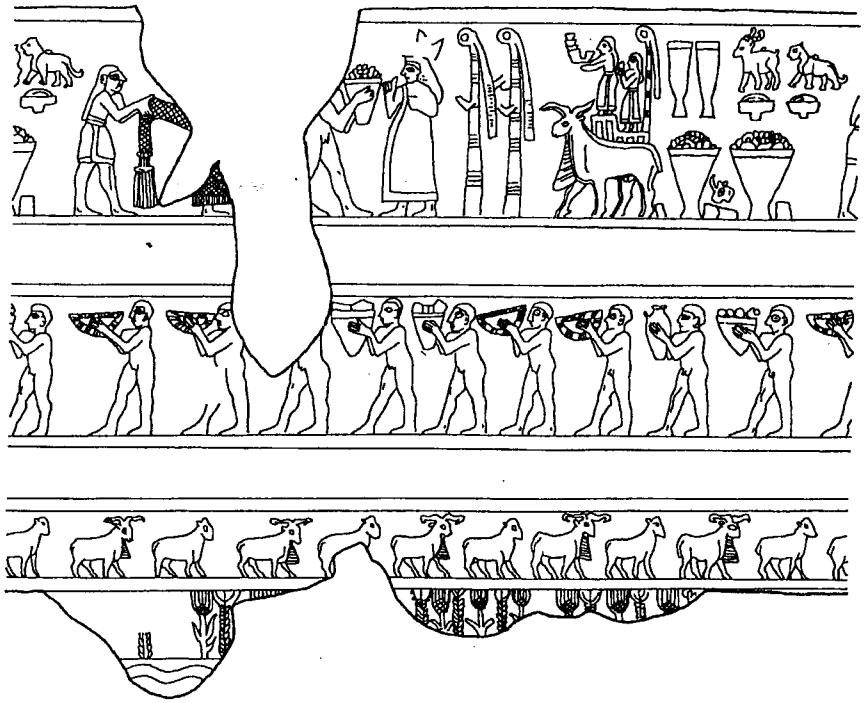
Problema no resuelto, pues, pero que no se le debe tratar sin tener en cuenta esa otra componente del poblamiento de Mesopotamia que constituyen los montañeses vecinos. Las montañas del norte y del este, que participan en la personalidad de Mesopotamia, han constituido, como las regiones esteparias, un reservorio permanente de poblaciones a menudo atraídas por la riqueza de la llanura o en busca de trabajo. Tan pronto como los textos nos instruyen de forma suficiente, se ven desarrollarse las relaciones conflictivas entre Mesopotamia y los montañeses y toda la historia está jalonada por el descenso de estos últimos a la llanura y por las guerras que hacen a las ciudades: Naram-Sin y los lullubi (estela de Naram-Sin, *vid.* pág. 75), la invasión y la dominación de los guti, la instalación de poblaciones hurritas en el norte, la dominación de los casitas, son otros tantos ejemplos. Es notable, por lo demás, que los asirios hayan edificado su imperio apoyándose simultáneamente en la llanura, en la montaña y en los valles septentrionales: era más fácil dominar a los montañeses turbulentos desde Assur, Nínive o Kalhu que desde Babilonia o Ur. El Elam o Mitanni son otros ejemplos de reinos a caballo entre la llanura y la montaña que muestran, que las estructuras políticas no se basaban solamente en la cuenca hidrográfica natural, sino también en sus alrededores.

Nómadas de las estepas y montañeses: poblaciones rudas con condiciones de vida a menudo difíciles, fueron temibles adversarios para las poblaciones establecidas en los valles y en las llanuras que,

por extraer sus riquezas de la explotación de la tierra y de los intercambios comerciales, no desarrollaban siempre sus virtudes guerreras tanto como sus vecinos; puesto que los primeros atacaban y los segundos no hacían más que defender sus riquezas, éstos fueron, de una forma u otra, casi siempre perdedores.

Mesopotamia se comporta, pues, como un crisol cuya población haya sido continuamente renovada por aportaciones de todos los países del contorno. De esta amalgama permanente ha salido una civilización original, siempre adoptada por los recién llegados en detrimento de su propia personalidad: los rasgos constrictores de una civilización de llanura dominada por dos ríos han primado siempre sobre las fuertes individualidades de los nómadas o de los montañeses.

La progresiva dominación del medio



Desarrollo de los diferentes frisos del vaso de alabastro de Uruk (cfr. fig. pág. 119) que parece asociar los símbolos de la agricultura y de la ganadería con un ritual de ofrenda dirigida a una gran diosa, seguramente Inanna (hacia el año 3000, Bagdad).

La historia de Mesopotamia se ha descrito durante mucho tiempo como la de una sucesión de imperios: cuando se recuerda a Sargón de Agadé, a Hammurabi de Babilonia, a tal o cual soberano neoasirio o neobabilonio, ¿qué otra imagen podría venir a la mente de forma espontánea?

Pero esta atención, enfocada a hechos militares o políticos, ha enmascarado hasta época reciente la verdadera originalidad de la aventura humana en esta zona del mundo; fue allí, efectivamente, donde por primera vez según parece, los hombres pasaron del estado de predador al de productor, lo que significa que aprendieron a dominar el medio, a domesticar la vida natural, a hacer producir a la naturaleza en su beneficio en lugar de contentarse con recoger los frutos de crecimiento espontáneo; así fue como se desarrolló, de un modo desconocido hasta entonces, la utilización de las fuerzas de la naturaleza y de los elementos, como el agua y el fuego, y allí fueron conducidos a la sedentarización en vez de llevar una existencia continuamente nómada.

Esta aventura, que se ha desarrollado en miles de años, confiere el verdadero interés al estudio del mundo mesopotámico. Pero las etapas de esta transformación han tenido lugar antes del descubrimiento de la escritura que, por lo demás, es uno de sus resultados. Es pues, la arqueología, la que, en el curso de los últimos treinta años, se ha afanado en sacar a la luz, progresivamente, estas zonas de sombra. Surge con claridad ahora que la historia de los tres últimos milenios de la civilización mesopotámica no es más que lejana consecuencia de las mutaciones emprendidas cinco milenios antes.

Ha parecido imposible exponer de forma sincrónica las mutaciones y conquistas en ámbitos tan distintos como la alimentación, el desarrollo regional y la tecnología. Pero hay que tener en cuenta que todos esos campos se han desenvuelto de forma concomitante y que no se puede separar una línea directriz de las otras. La evolución es un todo en el que cada hecho es, alternativamente, consecuencia y causa.

Genio alado efectuando la polinización: frota flores femeninas con panículas masculinas, bajorrelieve procedente de Nimrud (siglo IX, Museo del Louvre).